

B Dup

# EL PELO DE LA DEHESA

COMEDIA EN CINCO ACTOS

POR

DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS

REPRESENTADA EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE

M. P. D.

MADRID

IMPRESA DE D. JOSÉ REPULLÉS

*Noviembre de 1844*

PERSONAJES

ACTORES

---

<b>Elisa</b> .....	SRA. LAMADRID (D. <sup>a</sup> T.).
<b>La Marquesa</b> .....	SRA. LLORENTE.
<b>Juana</b> .....	SRA. LAPUERTA.
<b>Don Frutos</b> .....	SR. LOMBÍA.
<b>Don Remigio</b> .....	SR. LUNA.
<b>Don Miguel</b> .....	SR. ALBERÁ.

---

*La escena es en Madrid, en casa de la Marquesa.*

---

---

Esta composicion pertenece á la Galería Dramática que comprende los teatros moderno, antiguo, español y extranjero, y es propiedad de su editor *D. Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del reino, ó en los liceos y demás sociedades sostenidas por suscripcion de los socios, con arreglo á la ley de propiedad intelectual de 10 de Enero de 1879 y publicada en la *Gaceta* del 12 del propio mes y año.

---

---

# ACTO PRIMERO



El teatro representa una sala bien amueblada.—Puerta en el foro, que por la derecha del actor conduce á la escalera y á otras habitaciones principales, y por la izquierda á las piezas interiores.—Otras dos puertas laterales: la de la derecha es la que corresponde á la habitacion destinada á don Frutos; la de la izquierda guía tambien á lo interior de la casa.

## ESCENA PRIMERA

ELISA y JUANA

JUANA.

¿Y se ha de casar usted  
con un rústico labriego?

ELISA.

Sí; ya he dado mi palabra.

JUANA.

¿Lo sabe aquel caballero?

ELISA.

¿Quién?

JUANA.

¿Quién ha de ser? Aquel  
que hace dos años y medio  
que la adora á usted y bebe  
por esa cara los vientos.

ELISA.

¡Ah...! Don Miguel.

JUANA.

¡Y al nombrarle  
me pone usted ese gesto!  
¿Conque ya no hay esperanza  
para él?

ELISA.

Ya ves; acepto  
la mano de otro...

JUANA.

Es decir,  
que cual humo se ha deshecho  
el antiguo amor...

ELISA.

¡Amor!

Aquello fué un pasatiempo.  
Me agradaba su figura,  
su uniforme, su despejo...  
¿Qué sé yo? Me complacia  
en bailar con él, y creo  
que no me sonaban mal  
en su boca los requiebros.  
Quizá tambien de la mia  
se deslizó en un momento  
de imprudencia alguna frase  
que halagara sus deseos;  
mas yo no perdí el color,  
ni el apetito, ni el sueño,  
síntomas averiguados  
de un cariño verdadero;  
y él, por su parte, á pesar  
de que hacia mil extremos,  
nunca llegó seriamente  
á hablarme de casamiento.

JUANA.

Por pura delicadeza.  
Ya ve usted; un subalterno...  
Pero yo sé que esperaba  
de un dia á otro el ascenso  
á capitán.

ELISA.

Aun así

fuera mucho atrevimiento,  
siendo hija yo de un marqués,  
que aspirara á ser mi dueño.

JUANA.

Perdone usted. Él es hijo  
de barón...

ELISA.

No te lo niego,  
mas no es segundon siquiera,  
que cuatro hermanos nacieron  
antes que él, y están casados,  
y con prole todos ellos.

¡No es nada lo que tendrían  
que atañearse los médicos  
para que él llegara á ser

lo que su padre y su abuelo!  
Y aun eso importara poco  
como él tuviera otro genio;  
pero es celoso, tronera,  
suspicaaz y pendenciero.  
¿Casarme con él? ¡Jesus!  
Mi casa fuera un infierno.

JUANA. ¡Yal! Como usted no le quiere,  
exagera sus defectos,  
sin echar de ver que nacen  
del mismo amor...

ELISA. ¡Qué! Yo apuesto  
á que el dia en que marchó  
de aquí con su regimiento,  
se propuso relevarme,  
y me relevó en efecto  
con la primer lugareña  
á quien pidió alojamiento.

JUANA. ¿Cómo es posible? Las cartas  
que escribe cada correo...

ELISA. Tres hace ya que no he visto  
su letra, de donde infiero  
que ni se acuerda de mí;  
y, como soy, que me alegro,  
que así excuso revolver  
la cabeza y el tintero  
para imaginar disculpas  
á la boda que proyecto.

JUANA. ¿Quién sabe si al postillon  
ha ocurrido algun tropiezo,  
ó si tendrá la desgracia  
don Miguel de estar enfermo?  
Ó tal vez está en camino  
para Madrid, y de intento  
no nos ha anunciado el viaje,  
porque quiere sorprendernos.

ELISA. No creas tal;—y si viene,  
¡bien venido! Le daremos  
los dulces.

- JUANA. Para él serian  
acíbar, hiel y veneno.
- ELISA. Vamos; decididamente  
le proteges.
- JUANA. Le protejo  
porque ama á usted, y presumo,  
hablando con el respeto  
debido, que no merece...
- ELISA. Yo no he contraído empeños  
con don Miguel; ni mamá  
le querría para yerno.
- JUANA. Pero—¡por Dios, señorita!—  
¿no se muere usted de miedo  
de pensar en esa boda?  
Es cosa que no comprendo  
cómo se decide usted...
- ELISA. Razones hay para ello.  
Nuestra casa está arruinada.  
De su esplendor solariego  
apenas queda otra cosa  
que pergaminos, y pleitos,  
y deudas. Don Baltasar  
de Calamocha y Centeno,  
padre que fué de don Frutos,  
mi novio, y en cuyo pueblo  
tenemos un caseron  
ruinoso y cuatro barbechos,  
hubo de prestar no sé  
qué cantidad de dinero  
á mi padre, que Dios haya,  
cuando pasó aquel invierno  
en Zaragoza. Tres años  
despues de hacer el empréstito,  
reclamó don Baltasar  
el capital y los réditos.  
Pidióle plazos mi padre  
sin esperar obtenerlós,  
pero se quedó pasmado  
cuando, con rostro halagüeño,

le dijo don Baltasar:  
«Señor Marqués, sin apremios,  
ni jueces, ni ejecuciones,  
y, lo que es aun mejor que esto,  
sin que suelte usted un cuarto  
puedo quedar satisfecho.  
Cuando usted me conoció  
era yo muy rico, y luego,  
como tomé por contrata  
los víveres del ejército,  
¡ya ve usted...! Hablemos claro:  
no es oro ya lo que anhelo,  
que un terremoto no puede  
levantar el que poseo,  
sino títulos y honores;  
no para mí, pobre viejo  
que al primer aire colado  
espero quedarme tieso,  
sino para aquel buen mozo  
que ha de heredar mis talegos.  
Ahora bien; si usted no tiene  
horror al nombre de suegro,  
deme usted su única hija  
para mi único heredero,  
que si no es de ilustre sangre,  
tampoco nació plebeyo.  
Él será marqués por ella,  
ella por él hará bueno  
el marquesado; y, por último,  
el gozo será completo  
cuando nos llame á los dos  
papá grande un mismo nieto.»  
Despreocupado mi padre,  
y mi madre... un poco menos,  
pero aficionada al lujo  
cual todas las de mi sexo,  
aceptaron un partido  
que por motivos diversos  
á todos estaba bien;

volvióse ufano y contento  
 don Baltasar á Belchite,  
 pero al mes ya habia muerto;  
 mi padre murió tambien,—  
 ¡téngale Dios en el cielo!—  
 Como siguió tan de cerca  
 al tratado casamiento  
 el duelo de ambas familias,  
 no me habló de este proyecto  
 mamá hasta cumplido el luto;  
 vencida yo de sus ruegos,  
 acepté; tambien parece  
 que está don Frutos resuelto  
 á cumplir la voluntad  
 de su padre; de un momento  
 á otro llegará á Madrid,  
 se firmarán los conciertos,  
 tú tendrás un buen regalo,  
 yo un buen marido... y, *laus deo*.

JUANA. Todo eso, señora mia,  
 seria bueno y muy bueno  
 si no hubiera entre los novios  
 tantas leguas de por medio.  
 Usted no ha visto jamás  
 al tal don Frutos. Si es feo...

ELISA. No, Juana; muy al contrario.  
 (Sacando y enseñando á Juana un retrato.)  
 Juzga por este bosquejo.

JUANA. ¡Holal ¿Retrato?

ELISA. A lo príncipe.

Fué recíproco el obsequio.

JUANA. ¿Hay en Belchite pintores?

ELISA. Zaragoza no está lejos.—

¿Qué tal?

JUANA. Guapote y rollizo.

Tiene cara de tudesco.

Mas quizá le han adulado...

y aquí no vemos el cuerpo...

ELISA. Sé que tiene buenas formas



- y talla de granadero.
- JUANA. Pero en el mismo retrato muestra que es zafio y grotesco. Mire usted bien. ¡Santo Dios, qué levita y qué chaleco!
- ELISA. En Madrid hay buenos sastres, y ya se ha provisto á eso.
- JUANA. Si, como tengo entendido, nunca salió de su pueblo, vendrá tan rudo...
- ELISA. No importa; nosotras le puliremos.
- JUANA. Taladrará los oidos con aquel maldito acento aragonés...
- ELISA. Poco á poco lo irá en la corte perdiendo. ¿Tan fácil es encontrar un marido sin defectos? Si no es fino y elegante, será cariñoso, tierno, sencillo, dócil...
- JUANA. (Entre dientes.) Ó potro cerril que plante al lucero del alba una coz.
- ELISA. ¿Qué dices?
- JUANÁ. Nada.
- ELISA. El timon del gobierno me abandonará gozoso, y eso es lo que yo pretendo.
- JUANA. Dios lo quiera; mas casarse sin amor...
- ELISA. Amor es ciego, y aunque acierta alguna vez, es muy mal casamentero.

## ESCENA II

ELISA, JUANA y LA MARQUESA

MARQ. ¿Aun no te has vestido, Elisa,  
y esperas hoy á don Frutos?

ELISA. ¡Eh! No corre tanta prisa.  
Es cosa de ocho minutos.

MARQ. ¿Ocho minutos? No tal;  
que si has de lucir tu tren...

ELISA. Para un novio provincial  
de cualquier modo estoy bien.

MARQ. Yo quiero que le deslumbres,  
aunque afectes abandono,  
y que desde hoy le acostumbres  
á las leyes del buen tono.

Aunque tu triunfo es seguro,  
vístete como quien eres.

Bueno es prender al futuro  
con veinticinco alfileres;  
que si hoy le agradas modesta  
y así... á la pata la llana,  
ya verás lo que te cuesta  
sacarle blondas mañana.

Yo le espero ya, hija mia,  
porque tu dicha me alegra,  
con humos de señoría,  
y con ínfulas de suegra.

No le tengo por un Argos,  
mas se admirará si ve  
á mamá de tiros largos  
y á la novia en *negligé*.

ELISA. En mi cara, no en mis dijes,  
confiar fuera mejor;  
pero una vez que lo exiges...  
vamos, Juana, al tocador.

(Váse con Juana por la puerta de la izquierda.)

## ESCENA III

## LA MARQUESA

MARQ. ¡Qué conflicto, Dios eterno!  
¡Qué afrenta, Virgen de Atocha!  
¡Aceptar yo para yerno  
á un don Frutos Calamocha!  
Mas si con él me confundo,  
¿quién me hará ningun reproche?  
¿Qué papel hace en el mundo  
una marquesa sin coche?  
Tal boda no me hace gracia,  
pero el siglo es tan mercante...  
Tambien es aristocracia  
la del dinero contante.  
Ese yerno, bien lo sé,  
será un patan, será un oso,  
pero yo siempre seré  
marquesa de Valfungoso.  
Mi ejemplo y un figurin  
harán tal vez el prodigio  
de desasnarle, y, en fin...  
¡Hola! Aquí está don Remigio.

## ESCENA IV

## LA MARQUESA y DON REMIGIO

REMIGIO. Salud, Marquesa. Un bagaje...  
gallego por otro nombre,  
ya ha traído el equipaje  
provisional de aquel hombre.  
Por la puerta del pasillo  
ya en su cuarto se introdujo.  
Ello costará carillo,  
mas, ¡qué elegancia y qué lujo!  
obra maestra del sastre...

- y mia en cierta manera,  
que fuí, temiendo un desastre,  
el mentor de su tijera.
- MARQ. Que venga al cuerpo del novio  
es lo que importa en rigor.  
Lo demás fuera un oprobio  
para el sastre y el mentor.
- REMIGIO. Todo se hizo, y consta en actas,  
con entera sujecion  
á las medidas exactas  
que vinieron de Aragon.  
Venga usted á ver la ropa...
- MARQ. Yo la veré más despacio.
- REMIGIO. Mejor no se hace en Europa,  
ni se gasta en un palacio.  
Ahora, si usted lo permite,  
voy al parador...
- MARQ. Sí, sí.
- REMIGIO. A esperar al de Belchite,  
para conducirlo aquí.
- MARQ. Es mucha molestia...
- REMIGIO. ¡Oh! No.  
Yo seria muy bellaco  
si á dama de tanto pro...  
Soy amable; este es mi flaco.

## ESCENA V

### LA MARQUESA

- MARQ. ¡Qué tragin! Él se halla en todo.  
Merece que se le cobre  
cariño. Nos come un codo,  
pero bien lo suda el pobre.  
Hago de él cuanto yo quiero.  
Ya le gruño, ya le embromo...  
En la calle es mi escudero,  
en casa mi mayordomo.  
Y á todos con esa fe

sirve. Así tiene enjambre  
de amigos. ¡Oh! Siempre fué  
muy filantrópica el hambre.  
Mientras la novia se avía,  
voy á ver qué ropa es esa.  
(Se dirige á la puerta de la derecha.)  
Mucha lástima sería...

MIGUEL. (En la puerta del foro.)  
A los pies de usted, Marquesa.

## ESCENA VI

LA MARQUESA y DON MIGUEL

MARQ. Caballero, beso á usted...  
¡Qué veo! ¡Usted por acá!  
Mucho celebros...

MIGUEL. He venido  
con licencia temporal  
por dos meses. ¿Usted buena?

MARQ. Talcualilla. Con el plan  
que sigo ahora...

MIGUEL. ¿Y la linda  
Elisa?

MARQ. Sin novedad.  
Sentémonos.

(Se sienta en el sofá. Don Miguel va á tomar una silla.)

MIGUEL. Con permiso...

MARQ. No. Venga usted al sofá.

MIGUEL. (Sentándose en el sofá.)  
Celebro que no haya nadie...

MARQ. ¿Por qué?...

MIGUEL. Tenemos que hablar.

MARQ. Pues ¡vaya! explíquese usted,  
y no tenga cortedad.

MIGUEL. No soy yo corto de genio,  
señora mía, pero hay  
casos y cosas que al hombre  
más valiente hacen temblar.

- MARQ.           ¿Y qué teme usted? ¿Soy yo alguna fiera?...
- MIGUEL.                               No tal;  
pero un desaire...
- MARQ.                                       ¡Desaires  
á un hombre de calidad,  
á un amigo! Hágase usted justicia.
- MIGUEL.                               En primer lugar,  
declaro á usted que yo estoy enamorado.
- MARQ.                                       ¡Ba! ¡Ba!  
Si de otra culpa más grave  
no se viene usted á acusar,  
yo le absuelvo desde ahora.  
¿Hay cosa más natural?  
¿Y quién es la...?
- MIGUEL.                                       Yo creí  
que usted lo sabría ya...
- MARQ.                                       Yo. ¿De dónde?
- MIGUEL.                                       Ciertas cosas  
no se pueden ocultar.
- MARQ.                                       Pues como usted no se explique...
- MIGUEL.                                       No me he explicado, es verdad,  
hasta hoy, porque esperaba  
el ascenso á capitán...
- MARQ.                                       ¡Ah! ¡Dos charreteras! ¡Bien!  
Ya no hay hombre desigual.—  
¡Que sea por muchos años!
- MIGUEL.                                       ¡Cumplimiento singular!  
¿No querrá usted que siquiera  
aspire á un gradito más?
- MARQ.                                       Perdone usted. Sin pensarlo  
he dicho una necedad.  
Si por mí fuera, mañana  
sería usted general.
- MIGUEL.                                       Si antes me hubiera casado  
no tendría viudedad  
Elisa...

- MARQ. ¡Acabara usted!  
¿Conque es Elisa el iman  
de ese tierno corazón?
- MIGUEL. Sí; la amo con ceguedad,  
la idolatro, la...
- MARQ. Ahora veo  
que no sabe usted lo que hay.
- MIGUEL. ¿Pues qué hay?...
- MARQ. Amigo del alma,  
bien puede usted perdonar.  
Elisa no es para usted.
- MIGUEL. ¿Seré demasiado audaz  
en solicitarla? ¿Acaso  
porque es corto mi caudal...
- MARQ. Todo hay que mirarlo, amigo;  
mas la gran dificultad  
no está en eso.
- MIGUEL. ¿Pues en qué?
- MARQ. En que la voy á casar.
- MIGUEL. ¡Ay! ¿De veras?
- MARQ. Ya lo he dicho,  
y yo no hablo en aleman.
- MIGUEL. ¿Cuándo?
- MARQ. Mañana.
- MIGUEL. ¿Con quién?
- MARQ. ¡Qué flujo de preguntar!  
Con un hombre.
- MIGUEL. ¿Usted no mira  
que está clavando un puñal  
en mi pecho?
- MARQ. Amigo mio...
- MIGUEL. Eso es una iniquidad.
- MARQ. ¿Cómo iniquidad?
- MIGUEL. ¡Horrible!  
¡Y vengo yo de Alcaraz  
para esto!
- MARQ. Con efecto,  
es mucha casualidad.  
Los dos en el mismo dia...

- MIGUEL. (Estoy sudando alquitran.)  
 MARQ. Ahora llegará don Frutos  
 á la puerta de Alcalá.
- MIGUEL. ¿Se llama don Frutos?  
 MARQ. Sí.
- MIGUEL. ¡Nombre soez!  
 MARQ. Natural  
 de Belchite en Aragon.
- MIGUEL. ¡Santo Dios! Será un patan,  
 será... ¿Es rico?  
 MARQ. Poderoso.
- MIGUEL. ¡Oh matrimonio fatal!  
 ¡Desgraciada Elisa!  
 MARQ. ¡Calle!  
 ¿Tan fiera calamidad  
 es un novio millonario?
- MIGUEL. Por San Cosme y San Damian,  
 no la sacrifique usted  
 á un marido montaraz;  
 no con un golpe de estado  
 quiera usted tiranizar...
- MARQ. ¡Dale! Aquí no hay tiranía.  
 ¿Quién fuerza su voluntad?  
 El tirano será usted  
 que, sin viña ni olivar,  
 y sin quererle la chica,  
 que es lo más original,  
 tiene empeño de llevarla  
 militarmente al altar.
- MIGUEL. Yo no soy tan temerario.  
 Ella me ama, y si falaz  
 no es su labio...
- MARQ. Aquí se acerca.  
 Ella misma nos dirá...



## ESCENA VII

LA MARQUESA, DON MIGUEL y ELISA

ELISA. (Muy elegante.)

¡Ah! ¡Don Miguel!

MIGUEL.

¿Conque es cierto?

¿Conque ha sido usted capaz  
de olvidarme?...

ELISA.

No, señor.

Cuenta usted con mi amistad...

MIGUEL.

¿Amistad? Lindo despacho  
cuando vengo hecho un volcan...

ELISA.

¿No quiere usted ser amigo?

MIGUEL.

Yo quiero ser algo más.

ELISA.

¿Marido? No puede ser;  
me he comprometido ya.¿Cortejo? Libreme Dios,  
que eso es pecado mortal.

MIGUEL.

¿Así corresponde usted  
á mi esperanza, á mi afan?...

ELISA.

Yo no he prometido nada.

Lisonjas de sociedad,  
favores de rigodon,  
una carta insustancial;  
todo eso es galantería,  
pasatiempo...

MIGUEL.

¡Voto á san...!

¡Con qué frescura me pone  
en la garganta un dogal!

ELISA.

Yo creí que usted ya estaba  
arreglado por allá.

MIGUEL.

¡Yo!

ELISA.

Y como usted no escribia...

(¡Guapo está de capitan!)

Y como usted no me habló  
nunca de fe conyugal...  
y pasan dias y dias...

y una tiene que pensar  
en una... En fin, me remito  
á lo que ha dicho mamá.

MARQ. ¿Eh? ¿Qué dice usted ahora?

MIGUEL. Que estoy dado á Satanás;  
que siete veces maldigo  
mi necia credulidad;  
que ya no hay fe en las mujeres;  
que no quiero ya tratar  
á ninguna; que me voy  
para no volver jamás.

### ESCENA VIII

LA MARQUESA, ELISA, DON MIGUEL y JUANA

JUANA. Ya viene.

MIGUEL. (Deteniéndose.) ¿Quién?

JUANA. Don Remigio  
con don Frutos.

MIGUEL. ¿Mi rival!...  
Pues me quedo.

MARQ. ¿Con qué fin?

MIGUEL. Es mera curiosidad.

JUANA. Le he visto desde el balcon.  
Ya habrá entrado en el zaguan.

MARQ. Mire usted que está en mi casa.

MIGUEL. Yo la sabré respetar.

MARQ. No demos aquí un escándalo...

MIGUEL. Ni aquí ni fuera. ¿Qué más  
quiere usted? Yo me resigno...  
mas quiero verle.

JUANA. Aquí está.

## ESCENA IX

LA MARQUESA, ELISA, DON MIGUEL, JUANA, DON FRUTOS y DON REMIGIO.—Don Frutos se presenta como señorito de lugar en día de fiesta, y con notable atraso en la moda, aunque con buena ropa.— La Marquesa y Elisa se sientan en el sofá.

- REMIGIO. (Presentando á don Frutos.)  
Señoras...
- MIGUEL. (A la Marquesa.) ¿Ese pazguato es el novio?
- FRUTOS. (A Juana.) Señorita...  
(Queriendo abrazarla.)  
Dulce novia...  
(En voz baja á don Remigio.) Más bonita me pareció en el retrato.
- REMIGIO. (Apurado.)  
¡Que no es esa!
- JUANA. (Riéndose.) (Tambien se rie don Miguel.)  
No soy yo.
- FRUTOS. Pues creí...
- JUANA. Soy la doncella.
- FRUTOS. ¿Pues cuál es mi novia?
- REMIGIO. Aquella.
- MARQ. (De mal gesto.)  
¡Me ha gustado el *quid pro quod!*
- REMIGIO. (Al primer tapon zurrapas.)
- FRUTOS. Me equivoqué, vive Cristo;  
y es que en Madrid, por lo visto,  
todas las mozas son guapas.
- ELISA. (En voz baja.)  
¡Ay, mamá!
- MIGUEL. (¡Bien! Ya me vengo.)
- FRUTOS. (Fijando la vista en Elisa.)  
¡Oh, que está allí!... ¡Mentecato de mí! (A don Remigio.)  
Es el vivo retrato del retrato que yo tengo.

(Acercándose.) Dios guarde á usted, doña Elisa.  
 ELISA. Felices.  
 MARQ. (¡Volada estoy!)  
 (A Juana que se está riendo.)  
 Vete de aquí.  
 JUANA. Ya me voy.  
 (No puedo tener la risa.)

### ESCENA X

LA MARQUESA, ELISA, DON FRUTOS, DON MIGUEL  
 y DON REMIGIO

MIGUEL. (Voy á pasar un buen rato.)  
 ELISA. Esta señora es mamá.  
 FRUTOS. ¡Ah...! Servidor... Como allá  
 no llegó mas que un retrato...  
 MARQ. Y aun ese estaba de sobra.  
 ¡Despues de verla pintada,  
 llamar novia á la criada!  
 ¡Qué horror!  
 FRUTOS. La misma zozobra...  
 Y... la verdad, no esperé  
 que en tan feliz coyuntura  
 me esperase mi futura  
 sentada en el canapé.  
 Hallar pensaba á mi bella—  
 no sé si esto es excederme—  
 con tanta gana de verme  
 como yo de verla á ella.  
 Topo, al colarme aquí dentro,  
 una chica de buen porte,  
 y creo que es mi consorte  
 la que me sale al encuentro;  
 no reconozco el traslado,  
 mas digo para mi pecho:  
 ¡Eh! siempre va largo trecho  
 de lo vivo á lo pintado;  
 en esto viene á advertirme

el señor que me equívoco;  
pero si se tarda un poco  
¡zás! yo la abrazo, y de firme.

MIGUEL. (¡Me gusta el desembarazo!)

ELISA. (Pues no es tonto, aunque grosero.)

MARQ. Esta es la novia.

FRUTOS. ¡Ah! Sí...

MARQ. Pero

suprima usted el abrazo.

FRUTOS. Bien. Mis fines eran buenos,  
mas me aguanto y no me pico.

No me hará pobre ni rico  
un apretón mas ó menos.

Y abrazos del corazón,  
hijos de pura alegría,  
no se dan á sangre fría,  
sino así... de sopetón.

REMIGIO. (A la Marquesa.) Cosas de así... como así;  
mas cuando él recapacite  
que no estamos en Belchite...

FRUTOS. Ya sé que estamos aquí.  
(¡Vaya una familia tiesa!  
Pues aunque fuera yo el coco...)

REMIGIO. (En voz baja á la Marquesa.)  
El soltará poco á poco  
el pelo de la dehesa.

MARQ. ¿No toma usted una silla?

FRUTOS. Sí haré, si no es contra fuero  
que un honrado forastero  
tome asiento en esta villa.

(Se sienta, y hacen lo mismo don Miguel y don Remigio.)

MARQ. Volviendo á lo del abrazo,  
aquí no se mira bien  
que los novios se le den  
antes del solemne lazo.

FRUTOS. Si amor les hace cosquillas,  
aquí y allí creo yo  
que, si con testigos no,  
se abrazarán á hurtadillas.

- Lo primero es más honesto;  
mas, ni así ni de otro modo  
en abrazar me incómodo  
á quien me pone ese gesto.
- MARQ. (Cedamos, que ya se amosca.)  
No crea usted que ella sienta...
- FRUTOS. (Con enfado.) Pues si ha de ser mi parienta,  
que no me mire tan fosca.
- MARQ. Su modestia no permite...
- FRUTOS. Ya me carga su modestia.  
¿Qué va á que tomo una bestia  
y doy la vuelta á Belchite?—  
¡Bien! Ya se rie. Esto es algo.
- ELISA. ¿Qué tal el viaje?
- FRUTOS. Tal cual;  
mas volqué en un pedregal  
y á poco no me desnalgo.
- MIGUEL. (Haciendo ascos.)  
(¡Me desnalgo!)
- FRUTOS. En diligencia  
no vuelvo á viajar.
- REMIGIO. ¿Pues cómo?  
¿En carro?
- FRUTOS. En mi macho romo,  
que es animal de conciencia.
- REMIGIO. (Aparte á don Miguel.)  
Se conoce que los dos  
simpatizan.
- FRUTOS. (Mirando á Elisa embebecida.)  
¡Oh qué linda!  
¡Qué boca! Es como una guinda.  
¡Qué talle! ¡Válgame Dios!
- ELISA. Mil gracias por la lisonja.
- FRUTOS. No. ¡Qué ojuelos! ¡Oh qué fragua!  
La boca se me hace un agua,  
y el corazon una esponja.
- MIGUEL. (¡Como la requiebra el ganso!)
- MARQ. (Ya me tiene el alma en vilo,  
y si no le corto el hilo...)

(A don Frutos levantándose, y todos hacen lo mismo.)

Usté ha menester descanso...

FRUTOS. Yo no. Al lado de una bella...

MARQ. No obstante...

FRUTOS. Obedezco, pues.

(A Elisa.) Adios, cordera. (A la Marquesa.) ¿Cuál es mi habitacion?

MARQ. (Mostrando la de la derecha.) Es aquella.

(Al volverse de pronto, don Frutos derriba un velador que habrá en medio de la sala con un juego de te.)

FRUTOS. Voy... ¡Voto al siete de bastos...!

ELISA. ¡Jesus!

MARQ. ¡Mi almuerzo de china!

FRUTOS. ¡Otra! ¿Quién diablo imagina poner en medio los trastos?

REMIGIO. Ayude usted...

(Entre don Miguel y don Remigio levantan el velador y lo demás.)

MARQ. ¡Ayer mismo un dineral me costó!

FRUTOS. ¿No fuera peor que yo me hubiera roto el bautismo? En mi tierra...

MARQ. ¡Hombre funesto!

FRUTOS. No sucede eso.

REMIGIO. (A don Miguel.) Ya va escampando.

FRUTOS. Porque allá cada cosa está en su puesto.— Pero, en fin, por cuatro frascos no hemos de gemir ahora. Sosiéguese usted, señora, que yo pagaré los cascós. Conque... hasta luego.

(Váse por la puerta de la derecha.)

REMIGIO. (Aparte á la Marquesa.) Es novicio...

MARQ. Maldecido sea, amen.

Sígale usted... Yo tambien; ¡no haga allí nuevo estropicio!

## ESCENA XI

ELISA y DON MIGUEL

- ELISA. (¡Ese novio es una fiera!)
- MIGUEL. El novio es hombre de gusto.  
Yo celebro como es justo...
- ELISA. (Enfadada.) ¡Don Miguel...!
- MIGUEL. (Remedando á don Frutos.)  
Adios, cordera.
- ELISA. (Yerta como esa pared  
me ha dejado.)
- MIGUEL. Ah, ah, ¡qué risa...!  
El me vengará de Elisa.
- ELISA. (Con despecho.)  
El me gusta mas que usted.
- MIGUEL. Sereis felices los dos.  
Ya envidio el grato solaz...
- ELISA. ¿Quiere usted dejarme en paz?  
(Váse por la puerta de la izquierda.)
- MIGUEL. (A la puerta y se retira luego por el foro.)  
¡Justo castigo de Dios!

FIN DEL ACTO PRIMERO.



---

---

# ACTO SEGUNDO

---

## ESCENA PRIMERA

LA MARQUESA y ELISA

- MARQ. Vaya, esas son niñerías,  
y aunque en parte las disculpo,  
ya tu palabra empeñaste  
y quebrantarla no es justo.
- ELISA. Pero, mamá, si es un hombre  
de tan mal tono, tan rudo...
- MARQ. Alguna corteza tiene,  
mas como de esos palurdos  
en dos meses de Madrid  
se vuelven finos y pulcros  
y elegantes... Por ventura,  
¿es menester grande estudio  
para imitar á esa cáfila  
de galancetes insulsos  
que en tertulias y cafés  
pasan por hombres de gusto?  
En cuatro dias se aprende,  
con un mediano discurso,  
la insustancial fraseologia  
con que se lucen algunos.  
Mientras tanto, ¿qué hace un hombre  
para no soltar rebuznos?  
Callar, frunciendo las cejas  
con estudiado repulgo,  
y decir al que se admire

de verle tan taciturno:  
 «¡Soy romántico, soy genio!  
 Mi mision en este mundo  
 es... ¡callar!»;—y si á esto añade  
 una contraccion de músculos,  
 y se va sin saludar,  
 retorciéndose los puños,  
 dirán: «¡Lástima de jóven!  
 Su esplin le abrirá el sepulcro.  
 ¡Qué buenas cosas se calla!  
 ¡Qué talento tan profundo!»—  
 Para vestir *comm'il faut*  
 ¿qué ciencia, qué genio infuso  
 ha menester, donde hay sastres,  
 quien cuenta miles de duros?—  
 Para abonarse en la ópera  
 y, segun viene el impulso,  
 chichear la cavatina  
 ó dar aplausos al duo,  
 no es preciso conocer  
 las reglas del contrapunto;  
 ni otra cosa se requiere  
 que tener dinero y mucho  
 para jugar tres albuces...  
 el que no truena al segundo.  
 Así se suelen formar  
 los petimetres al uso,  
 y más de cuatro tal vez,  
 entre los de alto coturno,  
 en eso de letras gordas  
 dan quince y falta á don Frutos.

ELISA.

¡Oh! Tú dirás lo que quieras,  
 pero esos modales rústicos  
 no se olvidan fácilmente,  
 ni despues de cinco lustros  
 muda de hábitos un hombre  
 que se halla bien con los suyos.  
 Tú viste cuál se anunció  
 desde su primer saludo.

Tú viste...

MARQ. Dices muy bien;  
necio y aturdido estuvo,  
pero es achaque de novios.  
¿Quién no paga ese tributo?  
Yo me enfadé mas que tú,  
porque tengo malos humos,  
mas considerando luego  
que, si es mazacote y brusco,  
ni entendimiento le falta,  
ni tiene el alma de estuco;  
recordando la postrera  
voluntad de mi difunto,  
y mirando, en fin, la cosa  
con madurez y con pulso,  
veo que fuera bobada  
renunciar por tus escrúpulos  
al acaudalado yerno  
que me sacará de apuros.

ELISA. ¡No eres tú la amenazada  
de sujetarte á su yugo,  
mamá, que si fuera así  
tomarian otro rumbo  
tus reflexiones!

MARQ. ¿Acaso  
no es buen mozo, blanco, rubio...?

ELISA. Sí; su figura me agrada,  
mas dirán que es un absurdo...

MARQ. Simplecilla, no te cuides  
de lo que murmure el vulgo.  
Tú te casas para tí,  
no para él; y, por último,  
¿quién repara ya en maridos?  
Todos vienen á ser unos.  
Las mujeres dan el tono  
con sus gracias y su lujo.  
¿Qué hacen ellos en un baile,  
por ejemplo? Como buhos  
se van todos agrupando

en el rincón más oscuro  
de la sala. Allí reparten  
los dominios del gran turco,  
y en un dos por tres revuelven  
el Tajo con el Danubio;  
ó en el tresillo engolfados,  
disputan como energúmenos  
sobre si echaste la *mala*  
debiendo rendir el *punto*...  
Y no sabe alguno de ellos  
que, mientras cuenta los triunfos,  
un galán le da *codillo*  
y su esposa hace *renuncio*.  
Pero, mamá...

ELISA.

MARQ.

Calla, chica,

que ya sale tu futuro.

## ESCENA II

LA MARQUESA, ELISA y DON REMIGIO

MARQ. ¿No viene el aragonés?

REMIGIO. Tardará pocos instantes.  
Se está calzando los guantes.

ELISA. ¡Qué! ¿Se los pone en los pies?

REMIGIO. He usado de una figura  
retórica.

MARQ. ¿Está buen mozo?

REMIGIO. ¡Oh! Sí, señora, da gozo;  
sólo que el pobre se apura...

MARQ. El vestía tan holgado...

REMIGIO. Pues, y al que no está hecho á bragas,  
las costuras le hacen llagas.—

Pues todo le está pintado.

Un buen sastre y mucha plata...

Yo le he dado, por supuesto,  
instrucciones, y le he puesto  
por mis manos la corbata.

Por poco que yo le exhorte

y por poco que él me imite,  
ese roble de Belchite  
se aclimatará en la corte.  
Sí; le puliremos pronto,  
que, aunque él tiene, y lo confiesa,  
el pelo de la dehesa,  
no tiene pelo de tonto.  
Si le mira con desdén  
Elisa, á fe que le ultraja.

ELISA. ¿De veras?

REMIGIO. Es una alhaja.

Doy á usted mi parabien.

MARQ. ¡Pero esos guantes, señor!...

REMIGIO. Ya me van dando cuidado.

Voy á ver...

ELISA. No le habrá dado  
don Remigio el calzador.

### ESCENA III

LA MARQUESA, ELISA, DON REMIGIO y DON FRUTOS—Don Frutos se presenta vestido de rigurosa moda, muy tieso de cuello y de cintura, pero andando con dificultad como si le apretasen las botas. Trae puestos los dos guantes, y uno de ellos roto.)

FRUTOS. (Yo creía que en un mes  
no me entraban...)

ELISA. (A su madre en voz baja.) ¡Ay, qué tieso!

FRUTOS. (Haciendo un gesto y dando con el pie en el suelo como  
para que acabe de entrar la bota.)  
¡Por vida!...—Señoras, beso  
á ustedes los cuatro pies.

MARQ. ¿Cómo los cuatro pies?

FRUTOS. La cuenta  
no marra. Dos y dos...

MARQ. Ya.

FRUTOS. ¡Pues ya! Los dos de mamá  
y los dos de mi parienta.

REMIGIO. (Ya se enmienda el Ganimédes.)

FRUTOS. Me ha dicho este caballero  
que es saludo muy grosero  
el decir: «Dios guarde á ustedes»;  
y que en Madrid á estas horas,  
como pueblo más cortés,  
se estila besar los pies  
*verbalmente* á las señoras.  
Para hacerlo con más gala,  
yo al besar, los he contado,  
y mas hubiera besado  
si mas hubiera en la sala.—  
¡Maldita sea la bota!  
Estoy viendo las estrellas.

REMIGIO. ¡Si son tan suaves!... Con ellas  
bailara yo la gabota.

FRUTOS. No las llevo yo ni un dia.  
¡Qué martirio tan cruel!

REMIGIO. Ya dará de sí la piel.

FRUTOS. ¡Sí; destrozando la mia!

REMIGIO. En Madrid los elegantes  
no calzan lo que su pie.  
Un puntito menos...

FRUTOS. ¿Eh?

REMIGIO. Es de rigor.

FRUTOS. ¿Y los guantes?

Antes los veo deshechos  
que puestos; y si aun á gusto  
dan guerra á un hombre robusto,  
¿qué será viniendo estrechos?

ELISA. Guante estrecho es muy señor.

FRUTOS. (Mostrando el guante roto.)

¿Aunque se haga este rasguño?

ELISA. Si con él se cierra el puño,  
mal guante.

REMIGIO. Sí; es de rigor.

FRUTOS. De oír á ustedes me chafo,  
y de ver que estos enredos  
me engarabatan los dedos  
como si estuviera gafo.

¡Y esta invencion de trabillas!...  
 ¿Y el corbatin? ¿Quién lo aguanta?  
 Ataruga la garganta  
 y en la oreja hace cosquillas.  
 ¿Pues y el fraque? Esto es peor.  
 ¿Quién se lo abrocha en un lance?  
 No hay forma de que me alcance...

REMIGIO. No se abrocha. Es de rigor.

FRUTOS. ¿Si creerán los oficiales  
 de sastre que tengo gonces?  
 ¡No se abrocha! Pues entonces,  
 ¿de qué sirven los ojales?  
 Mas de tantas perfecciones,  
 la que más me maravilla  
 es la especie de cotilla  
 que me oprime los riñones.

REMIGIO. (A la Marquesa.) Es una faja de goma  
 elástica para que entre  
 en razon su enorme vientre,  
 porque si no se le doma...

FRUTOS. Pero, hombre, ¡por San Melchor!...  
 ¿Tener barriga es delito?

REMIGIO. Aquí todo señorito  
 la suprime. Es de rigor.

FRUTOS. (Remedando á don Remigio.)  
 Es de rigor...

(Enfadado.) ¡Tio Calores!  
 ¿Sabe usted que ya me voy  
 enfurruñando, y que doy  
 al diablo tantos rigores?

REMIGIO. No lo tome usted á mal.

MARQ. Son lecciones de buen tono.

FRUTOS. Si quiere volverme mono,  
 se engaña, cuerpo de tal.  
 Hoy me pongo estos arreos  
 porque usted los mandó hacer...

MARQ. Sí.

FRUTOS. Y á ninguna mujer...

MARQ. (¡Huy! ¡Mujer!...)

FRUTOS.

Hago yo feos;  
 mas determinado estoy,  
 con propósito muy firme,  
 á calzarme y á vestirme  
 á medida de quien soy;  
 y si aquí no puedo hallar  
 sastre que entienda mi porte,  
 vendrá á vestirme en la corte  
 el sastre de mi lugar;  
 que yo gusto de estar horro  
 y no dar tormento al bazo,  
 y mover el pie y el brazo  
 sin necesitar socorro.

ELISA.

(¡Ah!)

MARQ.

Bien; si á usted le molesta...

FRUTOS.

Levita y fraque, en buen hora.  
 Tambien por allá, señora,  
 se usan el dia de fiesta.

ELISA.

(Con sobresalto.) Y en los dias de trabajo,  
 ¿qué usaba usted?

FRUTOS.

Aunque charra,  
 una peluda zamarra  
 cuando hace frío me encajo,  
 y en verano, amada Elisa,  
 chaquetilla de mahon;  
 mas, si aprieta la estacion,  
 ando en mangas de camisa.

ELISA.

(¡Ay de mí!)

FRUTOS.

Todo muy ancho,  
 que para andar por los cerros  
 con la escopeta y los perros,  
 y el tio Roña, y el tio Francho...

ELISA.

¡Ay qué nombres! ¡El tio Roña...!

FRUTOS.

Allí todos tienen mote:  
 tio Tozuelo, tio Perote,  
 tia Lechuza, tia Ponzoña...  
 Yo vivo allí sin empacho,  
 y mido por un rasero  
 al hidalgo y al pechero,



al leñador y al ricacho.  
 Otros, con menos caudal,  
 desdeñan á los Perotes;  
 que hay tambien allí Quijotes  
 como en esta capital;  
 mas sólo mi grande abasto  
 se sabe allá por el brio  
 con que gasto lo que es mio...  
 y doy más de lo que gasto.

REMIGIO. (Aparte con Elisa.)

¡Es filósofo!

ELISA.

Y buen hombre.

¡Eso sí!

FRUTOS.

Cuando me junto  
 con alguien, no le pregunto  
 su apellido ni su nombre;  
 que sea honrado me basta.  
 Quizá cuanto mas antigua,  
 con menos fe se atestigua  
 la pureza de una casta.  
 ¿Quién será el santo varon  
 que diga con juramento:  
 veinticinco abuelos cuento  
 y ninguno fué ladron?  
 No pongo en este capítulo  
 á ustedes, ni me desdeño  
 de llamar mi dulce dueño  
 á la heredera de un título.  
 En su última enfermedad  
 mi padre me lo mandó,  
 y, aun difunto, quiero yo  
 que se haga su voluntad;  
 y cuando tan linda es  
 la que me hace tanto honor,  
 bien puedo yo, pecador,  
 resignarme á ser marqués.

ELISA.

(Aparte á la Marquesa.)

¿Oyes, mamá? ¡Se resigna!

MARQ.

(En voz baja.) ¡Eh! No lo tomes á ultraje.

No está ducho en el lenguaje...

Sé tolerante y benigna.

(A don Frutos.) Sin perjuicio de lo humano  
y lo afable, yo confío  
que en la corte, yerno mio,  
sabr  usted ser cortesano.

FRUTOS. Veremos; har  un esfuerzo...  
Quiero dar gusto   mi novia.—  
Pero esta faja me agobia...  
No digerir  el almuerzo.—  
Aunque   Belchite no olvido,  
dar  honor al marquesado.  
Lo propio para un fregado  
soy yo que para un barrido,  
porque...  El diantre de la bota...!  
Muy primorosa, muy bella,  
m s para jugar con ella  
un partido de pelota...

REMIGIO.  Hola! Usted ser  muy diestro...

FRUTOS.  Oh, mucho! A largo y   pl ;  
de todas maneras s ,  
y no he tenido maestro.  
Pues  correr...! Nadie me agarra.  
Pues  saltar...! En cada brinco  
de cuatro varas   cinco.  
Pues  y tirar   la barra?  
Tengo yo una fuerza atroz.

ELISA. ( Ay, V rgen de la Almudena!)

FRUTOS. Cargu  un d a en Cari ena  
cuatro quintales de arroz.

#### ESCENA IV

LA MARQUESA, ELISA, DON FRUTOS, DON REMIGIO y JUANA

JUANA. La baronesa del C sper.

MARQ. Que entre...

JUANA. Ya est  en el estrado.

MARQ. Voy corriendo...

- JUANA. Ha preguntado  
si habia venido el huésped.
- MARQ. (En voz baja.) ¿Qué has dicho?
- JUANA. Que irá al instante.
- MARQ. ¡Todo lo haceis al revés!  
(Pero si ha de ser despues...)  
Allá vamos.
- JUANA. (Mirando á don Frutos.) (¡Qué elegante!)

## ESCENA V

LA MARQUESA, ELISA, DON FRUTOS y DON REMIGIO

- MARQ. (A don Frutos.) Venga usted.—Elisa, ven.
- FRUTOS. ¿Visita?
- MARQ. Sí.
- REMIGIO. (Dios enfrene  
su lengua.)
- MARQ. Mi prima viene  
á darnos el parabien.
- FRUTOS. ¡Corriente! Vamos allá...
- REMIGIO. (En voz baja á don Frutos.)  
¡Hombre... el brazo á la señora!
- FRUTOS. ¡Ah! Sí, sí. Tómallo, aurora.  
(Se lo ofrece á Elisa.)
- ELISA. Déselo usted á mamá.

## ESCENA VI

LA MARQUESA, DON FRUTOS y DON REMIGIO

- MARQ. (Tomando el brazo de don Frutos.)  
Venga.
- FRUTOS. (He de ser su pariente;  
y no me dejan ahora...)
- REMIGIO. Usted, por lo visto, ignora  
la legislacion vigente...
- FRUTOS. Pero, señor, ¿qué mas da?...
- MARQ. Mientras otra ley no rija,

no se da el brazo á la hija  
 si hay de por medio mamá.  
 FRUTOS. Está muy bien, mamá mia.  
 Usted disponga de mí...  
 (Poniéndose la mano en el estómago.)  
 (Ya se me ha sentado aquí...  
 y no es suegra todavía!)

## ESCENA VII

DON REMIGIO

REMIGIO. ¡Vaya, que es original  
 el mocito aragonés!  
 Y no es hombre que se mama  
 el dedo, que sabe bien  
 dónde le aprieta el zapato,  
 como el otro montañés.  
 ¡Ya tiene alma...! Harto será  
 que hagamos carrera de él.  
 Y si ahora tasca el freno,  
 ¿qué hará el amigo despues?  
 Mucho temo que esa boda  
 haga recordar aquel  
*tigribus agni...* Pero ellas  
 lo quieren, y siempre fué  
 mi sistema favorito  
 dejar el mundo correr,  
 no indisponerme con nadie  
 y decir á todo: amén.  
 Voy ahora á hacer la corte  
 á esas damas...

## ESCENA VIII

DON REMIGIO y DON MIGUEL

MIGUEL. ¡Oiga usted!  
 Tenemos que hablar.

- REMIGIO. Con mucho gusto, señor don Miguel.
- MIGUEL. ¿Se casa, por fin, Elisa con ese novio soez?
- REMIGIO. Creo que sí. Su fortuna es hoy la misma que ayer, colosal, y la Marquesa no querrá soltar el pez.
- MIGUEL. Mas, ¿qué dice Elisa?
- REMIGIO. Creo que es del mismo parecer.
- MIGUEL. ¿Sí?
- REMIGIO. No simpatiza mucho con el rústico doncel, pero andando el tiempo espera domesticarle tal vez, y en tanto, con doce mil duritos de renta... ¡Pues!
- MIGUEL. ¡Pues!
- REMIGIO. Y, bien considerado, la boda es igual.
- MIGUEL. ¿Por qué?
- REMIGIO. Ella, esposa de don Frutos, puede vivir con el tren correspondiente á su clase; tomándola por mujer, él, como dijo no ha mucho, se resigna á ser marqués; él lleva en arras el oro y la novia el oropel.
- MIGUEL. ¿Conque aprueba usted la boda?
- REMIGIO. ¡Vaya si la apruebo! Cien y cien veces...
- MIGUEL. Pues yo digo que es boda de Lucifer.
- REMIGIO. ¿Cómo?... ¡Usted!...
- MIGUEL. Y el que la apruebe debe andar en cuatro pies.
- REMIGIO. (Me hace temblar.) Con efecto...

- puede haber razones...
- MIGUEL. ¿Eh?
- REMIGIO. No hay que enfadarse. Mi voto no tiene fuerza de ley. Convénzame usted. Soy hombre que me dejo convencer.
- MIGUEL. ¡Voto á brios!...
- REMIGIO. Yo no creí que usted tuviese interés en probarme lo contrario.
- MIGUEL. ¡Voto á...! ¿No lo he de tener, si soy amante de Elisa?
- REMIGIO. ¿De veras? ¡Oh!... Ya se ve; como usted ha estado ausente, yo ignoraba... ¡Vaya! ¿Quién ha de aprobar que aquel bárbaro sea preferido á usted?
- MIGUEL. ¡Y la ingrata le prefiere!
- REMIGIO. (Enternecido.) ¡Calle usted! Eso es cruel.
- MIGUEL. Mas la culpada no es ella.
- REMIGIO. Así lo creo también.
- MIGUEL. Sino su madre...
- REMIGIO. ¡Oh! ¡Las madres!...
- MIGUEL. Y usted.
- REMIGIO. ¿Yo?
- MIGUEL. Sí; yo lo sé.
- REMIGIO. Pero...
- MIGUEL. Usted es el *factotum* de esta casa.
- REMIGIO. ¿Qué he de ser? ¡Pobre de mí!...
- MIGUEL. Si esa falsa me ha mirado con desdén, si se casa con don Frutos, á usted debo esa merced.
- REMIGIO. ¡Hombre! Yo...
- MIGUEL. Usted aplaudía la boda no ha mucho.
- REMIGIO. Bien,

no lo niego; pero yo  
hablaba de buena fe...

MIGUEL. Yo exijo que desde ahora  
proceda usted al revés.

REMIGIO. Pues digo que es execrable.

MIGUEL. No me basta. Es menester  
decírselo á la Marquesa,  
á su hija, al novio, á los tres.

REMIGIO. Pero, ¡por Cristo!... ¡Si ya  
les he dado el parabien!  
¿Cómo gobernarme ahora...?  
¡Usted me quiere perder!

MIGUEL. De consejo muda el sabio.

REMIGIO. ¿Cómo hago yo ese entremes...?

MIGUEL. Un parásito es histrion  
que hace cualquiera papel.

REMIGIO. Veremos; pero...

MIGUEL. No hay pero  
que valga. Un buen alfiler  
de brillantes si usted logra  
que se deshaga el pastel;  
mas si esa boda ridícula  
se efectúa...

REMIGIO. (¡Ay, San Ginés!...)  
Yo...

MIGUEL. Tenga usted entendido  
que pagará con la piel.

REMIGIO. ¡Qué atrocidad! ¿Soy yo el cura?  
¿Soy yo el novio somaten?

MIGUEL. Todo se andará. Primero  
que me vea yo con él,  
procuremos arreglar  
la cosa de bien á bien.

REMIGIO. (¡De bien á bien, y me quiere  
matar!)

MIGUEL. Me vuelvo al café,  
que si veo á esa traidora  
no me podré contener.  
Conque, lo dicho, compadre.

- A la tarde volveré...
- REMIGIO. Bien; yo aguzaré el ingenio,  
yo pondré pies en pared...
- MIGUEL. O me caso con Elisa,  
ó nos batiremos.
- REMIGIO. ¿Qué?  
Yo no me bato con nadie.  
Tengo respeto... á la ley.
- MIGUEL. Pues si usted no acepta el duelo  
y Elisa me deja á pie,  
le corto á usted las orejas  
como dos y una son tres.

### ESCENA IX

DON REMIGIO

- REMIGIO. ¡Jesus, qué demonio!... Estoy  
por dar parte al coronel...  
Vuelve Elisa. Si pudiera  
disuadirla... Probaré.

### ESCENA X

ELISA y DON REMIGIO

- ELISA. ¡Ay don Remigio de mi alma!
- REMIGIO. ¿Qué tiene usted, criatura,  
que viene tan afligida?  
¿Ha hecho alguna de las suyas  
el aragonés?
- ELISA. ¡Ah, qué hombre,  
Dios mio! No podré nunca  
acostumbrarme á su trato.  
Yo me vengo aquí confusa,  
avergonzada. Mamá  
se fatiga en vano; suda  
para atajar el torrente  
de sandeces y tontunas



con que el bueno de don Frutos  
cual Dios le crió se anuncia.

Mi tia, que es tan satírica  
y de un entierro se burla,  
le da cuerda, y nos dispara  
un dardo en cada pregunta.

REMIGIO. Mas ¿qué hace el novio? ¿Qué dice...?

ELISA. ¡Ay Dios, qué caricatura?  
Ni un momento está parado.  
Ya se empina y gesticula  
porque las botas le aprietan  
ó le duele la cintura;  
ahora el corbatin se afloja  
y el lazo queda en la nuca;  
parecen devanaderas  
las piernas, segun las cruza;  
braceando sin descanso  
en la silla se columpia;  
le dicen un cumplimiento,  
y él endereza una pulla;  
y, para colmo de gracias,  
saca una bolsa de nutria,  
la deslía, toma un puro,  
enciende un fósforo ¡y fuma!

REMIGIO. ¡Horror!

ELISA. Y no sabe hablar  
mas que del campo, y la lluvia,  
y las crecidas del Ebro,  
y la feria de la Almunia,  
y los jornales que paga,  
y los perros que le ahullan.  
La baronesa le brinda  
con su escogida tertulia,  
y él habla de su bodega  
con ciento y ochenta cubas;  
observa que es verde oscuro  
un lienzo de la pintura;  
recuerda sus olivares,  
y dice: se heló la fruta,

- pero ogaño es asombrosa  
la cosecha de aceituna;  
toma, por fin, un periódico,  
y leyendo en sus columnas:  
«la Cámara de los pares...»  
interrumpe la lectura  
y exclama: «¿Qué harán ahora  
mis doce pares de mulas?»
- REMIGIO. Vamos, nada hay qué esperar  
de aquella materia bruta.  
Vuélvase por donde vino.  
¿Qué importa su gran fortuna,  
si la ha de comprar usted  
con lágrimas de amargura?
- ELISA. ¿Es posible...? Pues no ha mucho  
que aplaudía usted con suma  
satisfacción nuestra boda.
- REMIGIO. Ahora me parece absurda.  
Las torpezas que yo ví,  
aunque á la verdad son muchas,  
para un novio lugareño  
eran pecata minuta,  
mas lo que usted me ha contado  
me horroriza, me espeluzna.
- ELISA. Con todo, puede que el tiempo...
- REMIGIO. No hay que cansarse. Es muy dura  
aquella testa. ¡Qué acémila!  
Por milagro no rebuzna.
- ELISA. ¡Poco á poco, don Remigio!  
El no es lerdo. Usted le insulta.
- REMIGIO. Señora, yo...
- ELISA. Tiene prendas  
muy laudables.
- REMIGIO. Sin disputa,  
pero...
- ELISA. Puede ser mi esposo,  
y quien le injuria, me injuria.
- REMIGIO. Como no lo es todavía,  
y deseo la ventura

de usted... (Hoy en nada acierto.)  
 No sabe usted las angustias  
 que yo paso para... En fin,  
 yo juzgo lo que usted juzga,  
 quiero lo que quiere usted,  
 sufriré lo que usted sufra,  
 y cuando usted me consulte  
 porque tenga alguna duda,  
 consultaré con usted  
 la respuesta á la consulta.

### ESCENA XI

LA MARQUESA, DON FRUTOS, ELISA y DON REMIGIO

FRUTOS. (A Elisa.) ¡Ah, que estás aquí...! Perdona,  
 mi vida, si te tuteo,  
 que mi cariño lo abona.  
 ¡Qué gallarda y guapetona!  
 Me embobo cuando te veo.  
 ¿Cuándo la boda será?  
 Solo de pensarlo, ya  
 toda el alma se me alegra,  
 y estoy... Marquesa mamá,  
 sea usted pronto mi suegra.

ELISA. (¡Ay cielo!)

FRUTOS. Sin aparatos.  
 Cuanto menos embolismo  
 mejor. Haya buenos platos,  
 y luego...

MARQ. Mañana mismo  
 se firmarán los contratos.

FRUTOS. ¡Mañana!

REMIGIO. (¡Triste de mí!)

FRUTOS. Jamás igual regocijo  
 en mi corazón sentí.  
 La amaré á usted como un hijo,—  
 y como un esclavo á tí.

ELISA. (¡Qué oigo!)

- FRUTOS. Serás mi regalo,  
mi delicia...
- REMIGIO. (Esto va malo.)
- ELISA. (Aparte con don Remigio.)  
¿Oye usted esos extremos?
- REMIGIO. Es que ahora le cogemos  
en un lúcido intervalo.
- FRUTOS. Tú vivirás satisfecha.  
Mis ganados, mi cosecha,  
mis haciendas, mi dinero,  
todo es para tí, lucero,  
desde la cruz á la fecha.  
Es tosca mi educacion  
para aspirar á tal moza;  
yo te hago esta confesion,  
pero tengo un corazon  
como de aquí á Zaragoza.  
El encontrará camino  
de agradar á mi mujer.  
Para amar con desatino  
no creo que es menester  
que uno sea lechuguino.  
En lo que yo no esté ducho,  
corrige tú mis maneras,  
verás qué dócil te escucho.  
Tú harás de mí lo que quieras...  
siempre que me quieras mucho.  
Así, con igual placer,  
luego que al pie del altar  
me digas: soy tu mujer,  
tú me enseñarás á hablar;  
yo te enseñaré á querer.
- MARQ. ¡Bien, don Frutos!
- ELISA. (¡Qué sorpresa!  
De haberle ajado me pesa.)
- MARQ. (Aparte á Elisa.)  
Vaya, responde.—¿No puedes?
- ELISA. (En alta voz.)  
Yo...

## ESCENA XII

LA MARQUESA, ELISA, DON FRUTOS, DON REMIGIO y JUANA

JUANA. Cuando gusten ustedes...  
Ya está la sopa en la mesa.

## ESCENA XIII

LA MARQUESA, ELISA, DON FRUTOS y DON REMIGIO

FRUTOS. (Ofreciendo el brazo á la Marquesa.)  
Haremos los dos un lazo...

MARQ. (Tomando el brazo de don Frutos.)  
Gracias.

FRUTOS. (¡Vaya una pandorga...!)  
(A Elisa.) Conque... ¿Me querrás muchazo?

MARQ. Ya ve usted; quien calla otorga.

ELISA. (Mirando á don Frutos con ternura.)  
Déme usted el otro brazo.  
(Vánse por la izquierda del foro.)

## ESCENA XIV

DON REMIGIO

REMIGIO. ¡Oh miedo! ¿Qué me aconsejas?  
Mientras la niña se humana  
vendrá el otro á darme quejas...  
¡Pobre Remigio! Mañana  
amaneces sin orejas.  
(Sigue á los novios y á la Marquesa.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

---

---

# ACTO TERCERO

---

## ESCENA PRIMERA

DON FRUTOS y DON REMIGIO. — Está anocheciendo. Vienen don Frutos y don Remigio por la izquierda del foro

REMIGIO. ¡Soberbia comida!

FRUTOS. Sí;  
pero, sin tanto primor,  
á mí me daba mas gusto  
mi cocina de Aragon.

REMIGIO. Tiempo hace que no he bebido  
mejor vino de *Bordeaux*...  
(Mudando de tono como para hacerse comprender.)  
Burdeos.

FRUTOS. Me importa poco  
el nombre de ese señor,  
porque me sabe muy mal  
en francés y en español.

REMIGIO. ¡Hombre, un Burdeos legítimo...  
y de *Lafitte*! ¡Un licor  
europeo!

FRUTOS. Y yo, ¿qué tengo  
que ver con Europa? Soy  
de Belchite.—Y contra el mismo  
patriarca Noé, inventor  
de la vendimia, sostengo  
que es vino de municion  
ese que usted me pondera;  
que agri-áspero de sabor,

ni me calienta el estómago,  
ni me alegra el corazon,  
y, en fin, que para vinagre  
lo he vendido yo mejor.

REMIGIO. No dudo...

FRUTOS. Donde está el vino  
de Belchite...

REMIGIO. Ya me doy  
por vencido.

FRUTOS. ¿Y la garnacha  
de Cariñena, Aguaron,  
Longares, Cosuenda...? ¡Aquello,  
aquello es gracia de Dios!

REMIGIO. No se estilan esos vinos  
en las mesas *comm'il faut*;  
pero siendo usted de casa,  
ha cometido un error  
la Marquesa en no obsequiarle  
con una botella ó dos  
de Cariñena.

FRUTOS. ¡Es mi suegra!—  
Y, por Cristo, que ya estoy  
apestado de ella. ¡Vaya,  
que es mucha persecucion!  
¡No permitir que me siente,  
ni en la mesa, junto al sol  
de mis ojos!... ¡Y qué empeño  
de darme en todo leccion!  
Toda la comida ha estado  
quemándome á media voz. —  
Quítese usted del ojal  
la servilleta. ¡Qué horror!—  
¿Pues dónde la pongo?—Suelta;  
encima del pantalon.—  
¡Vaya!—¿Qué hace usted? La sopa  
se come con tenedor.

REMIGIO. (Entre dientes.)

Eran rabioles.

FRUTOS. Y mucho

que ha rabiado.

REMIGIO. (¡Es hombre atroz!)

FRUTOS. Y despues me hizo comer  
con la cuchara el melon,  
y servirme la ensalada...  
¡Con tijeras! — ¡Voto á brios!...

REMIGIO. Muy mal hecho. Ella ha debido  
tratarle á usted *sans façon*.

FRUTOS. ¡Vaya, que en Madrid es obra  
el ser uno hombre de pro!

REMIGIO. Sí; ya raya en tiranía  
moler con tanto sermon  
á un hombre que tiene barbas  
y no es ningun ababol.

FRUTOS. ¿Sí? Pues aplíquese usted  
ese texto desde hoy.  
No pida peras al olmo,  
y deje á cada varon  
que haga de su capa un sayo.  
¡No más figurines!

REMIGIO. ¡Oh!

Perdone usted. Yo creia  
que una mano de charol,  
digámoslo así, daria  
más realce y esplendor  
á esas formas elegantes  
y á ese talento precoz...

FRUTOS. ¡Eh! Menos lagoterías,  
que yo no gusto...

REMIGIO. A eso voy.

Mas viendo que usted no tiene  
decidida vocacion  
al frívolo formulario  
del gran tono, dije yo:  
¿no es un cargo de conciencia  
violentar la inclinacion  
de ese apreciable mancebo?  
Sí; que, como dijo Humbold,  
suele á fuerza de cultivo,



- perder su aroma la flor.
- FRUTOS. Pues, corriente.
- REMIGIO. Y... ¿quiere usted  
que le diga, acá *inter nos*,  
lo que siento?
- FRUTOS. Norabuena.
- REMIGIO. (¡Si él hiciese dimision...!)  
Pues á usted no le conviene  
la boda.
- FRUTOS. ¿Cómo que no?
- REMIGIO. Elisa es bella...
- FRUTOS. ¡Otra! ¡Miren  
qué pedrada!
- REMIGIO. Mas no estoy,  
si he de decir la verdad,  
muy seguro de su amor.
- FRUTOS. Yo sí, que ya con su boca  
de almíbar me lo juró.
- REMIGIO. No obstante, la diferencia  
de gustos, de educacion...
- FRUTOS. ¡Eh! Ya nos gobernaremos.  
¿Sóy yo algun tigre feroz?
- REMIGIO. No es todo lo que reluce  
oro á prueba de crisol.
- FRUTOS. No puede mentir un ángel.
- REMIGIO. De una mala tentacion,  
ni los ángeles se libran.  
¡Dígalo aquel que cayó!
- FRUTOS. ¡Dale! ¡Si yo...!
- REMIGIO. El interés,  
la codicia...
- FRUTOS. (¡Qué moscon!)
- REMIGIO. ¡Ay, don Frutos! ¿Y esa madre?  
Ya empieza á meter la hoz  
en mies ajena...
- FRUTOS. ¿Qué importa?  
Yo la haré entrar en razon.
- REMIGIO. Tan imperiosa, tan vana...  
Ni la paciencia de Job...

- FRUTOS. ¡Oh!...
- REMIGIO. Créame usted, don Frutos.  
Sin esperar al convoy,  
vuélvase usted á Belchite.  
Aquí se ha armado un complot  
entre hija y madre...
- FRUTOS. En la madre  
cébese usted sin temor,  
mas no hay que clavar el diente  
en la hija, ó vive Dios...
- REMIGIO. ¡Oh! No se sofoque usted.  
Yo lo decia... (¡Una coz!  
Era de esperar.)
- FRUTOS. No aguanto...
- REMIGIO. ¡Si era una suposicion...!  
Como lo he cobrado á usted  
tanto cariño... (No doy  
un cuarto por mis orejas.)
- FRUTOS. Por vida de Juslivol...
- REMIGIO. Vamos, vamos; me arrepiento;  
me desdigo; se acabó.

## ESCENA II

DON FRUTOS, DON REMIGIO y JUANA.—Esta última en una mano  
trae luces, que deja sobre una mesa, y en la otra un papel

- JUANA. Felices noches.
- FRUTOS. Bendito  
y alabado...
- REMIGIO. ¿Qué nos traes?
- JUANA. Este papel que me han dado  
para el señor.
- FRUTOS. ¿A ver? Dáme.  
(Toma el papel y lee para sí.)
- JUANA. El mancebo portador  
espera respuesta.
- FRUTOS. ¡Zape!  
¡Esta es otra! Paño, hechura,

forro, etc., de un fraque,  
setecientos.—Pantalon...

REMIGIO. Ya, ya... La cuenta del sastre.

FRUTOS. ¡La cuenta á mí! ¿Para qué?

REMIGIO. Sí, para que usted la pague.

FRUTOS. ¿Ahora salimos con esto?

Pues hombre, así Dios me salve,  
yo pensé que era un regalo  
de mi suegra este atalaje.

REMIGIO. Ya ve usted que no. Presumo  
que para más adelante  
reserva...

FRUTOS. Pues de este modo  
yo visto á cualquiera. ¡El diantre  
de la mujer!... Yo sufría  
con resignacion la cárcel  
en que ha metido mis miembros  
mientras creí que era *gratis*;  
¡pero dar dinero encima...!

REMIGIO. (En voz baja.) ¡Calle usted! Eso es infame.

FRUTOS. Pues señor, la pagaré,  
que no quiero que me tachen  
de cicatero.—(Leyendo.)

Total,

cuatro mil doscientos reales.—

Pero una y no más. ¡Canario!... (A Juana.)

Díselo así de mi parte.

JUANA. Siempre ha sido una fineza  
prevenir el equipaje...

FRUTOS. Yo no soy aficionado  
á finezas semejantes.

¡Digo á usted que es corcho...! Espera.

¡Por vida del rey don Jaime!...

(Entra en su cuarto.)

## ESCENA III

DON REMIGIO y JUANA

- JUANA. ¡Vaya, pues tiene buen modo de agradecer que se afanen por vestirle *marquesmente!* ¿Querrá también...?
- REMIGIO. Es un cafre, y si da la mano á Elisa, la va á matar á pesares.
- JUANA. Eso es lo que yo la digo.
- REMIGIO. Sí; es preciso que trabajes para disuadirla... (El miedo me fuerza á ser intrigante.)
- JUANA. ¡Ya se ve! ¿No es una lástima...?
- REMIGIO. Un horror.
- JUANA. ¿Cuánto mas vale don Miguel...?
- REMIGIO. ¡Oh, don Miguel!... (¡Maldito sea!) Es un ángel. Si entre los dos conseguimos que á Calamocha desbanque...

## ESCENA IV

DON FRUTOS, DON REMIGIO y JUANA

- FRUTOS. (Dando á Juana monedas de oro.) Toma. Aquí sobra un doblon.
- JUANA. Volveré con lo sobrante...
- FRUTOS. No. Para tí.
- JUANA. Gracias. (Ya me parece mas amable.)
- FRUTOS. Novia te llamé... y no quiero que lo hayas sido de balde.
- JUANA. (Yéndose.) (Pues señor, ¡viva Belchite! y á don Miguel, Dios le ampare.)

## ESCENA V

DON FRUTOS y DON REMIGIO

- FRUTOS. Y á todo esto, ¿por dónde andan mi novia y su linda madre?
- REMIGIO. Se fueron al tocador.
- FRUTOS. Hombre, ¿á qué?
- REMIGIO. A vestirse.
- FRUTOS. ¡Calle!  
¿Pues no estaban ya vestidas?
- REMIGIO. ¡Oh! Sí; ¿pero usted no sabe que vamos luego á la *ópera*, y á la tertulia mas tarde? Cada acto de esos requiere su correspondiente traje.
- FRUTOS. ¡Otra! Pues no es mal tragin... ¿Y dónde hay caudal que baste...?
- REMIGIO. Así lo exige la culta sociedad.
- FRUTOS. ¡Virgen del Cármen!
- REMIGIO. Aquí se pasa la vida en vestirse y desnudarse.
- FRUTOS. ¡Muy bien! ¿Y qué viene á ser eso de... *ópera*?
- REMIGIO. (¡Ignorante!)  
Drama lírico;— una fiesta de teatro.
- FRUTOS. ¡Ah! Que me place.  
¿Y qué comedia echan hoy?
- REMIGIO. No es comedia. *I Puritani de Bellini*.
- FRUTOS. ¡Que no echaran el *mágico Bayalarde!*...  
Es la única que yo he visto, pero ¡ca! ¡cosa mas grandel...
- REMIGIO. Todo es música esta noche.
- FRUTOS. ¿Música? Bien; como canten

- la jota...
- REMIGIO. (¡La jota!) Yo  
seria de ese dictámen,  
pero... (Asoma la Marquesa por el foro.)
- FRUTOS. Aquí está la Marquesa.  
(A media voz.) La voy á decir verdades  
como puños.
- REMIGIO. ¿Sí? Me alegro.
- FRUTOS. Yo no sufro ancas de nadie.

## ESCENA VI

LA MARQUESA, DON FRUTOS y DON REMIGIO

- FRUTOS. Escúcheme usted con calma,  
mi amada suegra y señora,  
que voy á decirle ahora  
cuatro cositas... ¡al alma!
- MARQ. Diga usted, querido yerno.
- FRUTOS. A mí nadie me maneja,  
nadie me moja la oreja;  
sírvale á usted de gobierno.
- MARQ. Pero...
- FRUTOS. Dicen en mi tierra...
- MARQ. ¿Qué?
- FRUTOS. Lo que no has de comer...
- MARQ. Ya; sí.
- FRUTOS. Déjalo cocer.
- REMIGIO. (Los síntomas son de guerra.)
- MARQ. Pero, ¿á qué viene...?
- FRUTOS. Muy justo  
seria, si algun alcalde  
me vistiera á mí de balde,  
que me vistiera á su gusto;  
pero pagando mi ropa  
y en cantidad tan enorme,  
no me pongan uniforme  
como si fuera de tropa.
- MARQ. Porque usted se presentase

- á la boda con mas brillo...
- FRUTOS. Nadie manda en mi bolsillo,  
cáseme yo ó no me case.
- MARQ. Nunca han sido mis intentos...
- FRUTOS. Basta. Agradezco el abrigo;  
no piense usted que lo digo  
por los cuatro mil doscientos.  
Vista como quiera Elisa,  
vista usted como le cuadre,  
mas ni Elisa ni su madre  
se metan en mi camisa.  
Triunfen, gasten; no me espanto;  
cuanto tengo es de las dos;  
mas no se empeñen, por Dios,  
en civilizarme tanto.  
Dejen á un hombre sencillo  
que, al cabo, no es una fiera,  
manejar á su manera  
el tenedor y el cuchillo.—  
No me mire usted al soslayo.  
Quiero que el amor me mande...  
y no una suegra. Soy grande,  
y ya he despedido el ayo.
- MARQ. ¿Qué escucho? ¡Usted me anticipa  
el despotismo de yerno!  
¡No lo es aún, Dios eterno,  
y gallea, y se emancipa!
- FRUTOS. Sepa usted...
- REMIGIO. (Aparte á la Marquesa.) ¡Firmeza! ¡Así!
- FRUTOS. Y ha de saber mi consorte,  
que aunque yo he entrado en la corte,  
la corte no ha entrado en mí.
- REMIGIO. (Aparte á don Frutos.)  
¡Bien dicho! No hay que ceder.  
(Aparte á la Marquesa.)  
No quiere soltar, Marquesa,  
el pelo de la dehesa.
- MARQ. (A don Frutos.) Pues, amigo, es menester...
- FRUTOS. Sí; es menester que se tome

- un partido. El mas seguro será...
- REMIGIO. (Aparte á don Frutos.) ¡Firme en ella!  
(Aparte á la Marquesa.) ¡Duro!  
Si cede usted, se la come.
- MARQ. (Alzando la voz.)  
¿Qué partido? ¿A ver?
- FRUTOS. No grite,  
señora.
- REMIGIO. (Aparte á la Marquesa.) Sí tal.
- FRUTOS. Casarme...
- REMIGIO. (Aparte á don Frutos.)  
Hace usted mal.
- FRUTOS. Y largarme  
con mi mujer á Belchite.
- MARQ. ¡Cómo!...
- REMIGIO. (Aparte á don Frutos.)  
¡Bien! ¡Bien!
- FRUTOS. No hay remedio.
- MARQ. ¿Es posible...?
- REMIGIO. (Aparte á la Marquesa.) ¡Infame accion!  
(Aparte á don Frutos.) ¡Discreta resolucion!
- FRUTOS. (A don Remigio.)  
Hombre, quite usted de en medio.
- REMIGIO. (Aparte á la Marquesa.)  
¡No me escucha! Es montaraz.
- MARQ. Quítese usted de delante.
- REMIGIO. ¿Guerra ha de ser? Adelante.  
(Haciendo señas á derecha é izquierda.)  
Yo queria poner paz...  
(Se retira á un lado.)
- MARQ. ¿Conque á Belchite? ¡Ah! ¡Los yernos...!  
¿Nos quiere usted confinar  
en un mísero lugar?  
¡Usted tira á embrutecernos!
- FRUTOS. ¡Otral! ¿Quién les manda á ustedes  
que se embrutezcan?
- MARQ. ¡Qué horror!  
¡Me moriré de dolor...



- allá entre cuatro paredes!  
¡Solitaria como un hongo...!
- FRUTOS. Todo se remediará.  
Quédese usted por acá.  
Maldito si yo me opongo.
- REMIGIO. (Esto marcha.)
- MARQ. Entiendo. ¡Sola  
quiere llevársela!
- FRUTOS. Pues...
- MARQ. ¡Para tratarla despues  
como á una negra de Angola!  
Mas, sin hacerme pedazos...
- FRUTOS. ¡Señora...
- REMIGIO. (¡Orejas, bien val)
- MARQ. Usted no conseguirá  
arrancarla de mis brazos.
- FRUTOS. Si mi mujer ha de ser,  
irá á donde fuere yo,  
porque...
- MARQ. ¡No; á Belchite, no!
- FRUTOS. Pues no será mi mujer.
- REMIGIO. (¡Albricias!)
- MARQ. ¡Oh! ¡Ya está visto!  
¡Se desdice usted!
- FRUTOS. ¡Marquesal
- MARQ. Usted falta á su promesa.
- FRUTOS. ¡Por vida del que ató á Cristo!...  
¿Quién ha pensado...?
- MARQ. ¡Intentar,  
antes del dulce consorcio  
esa especie de divorcio...!  
¡La horca antes que el lugar!
- FRUTOS. No, señora; eso no es cierto;  
¿pero hay ley que me prohíba,  
¡suegra ó diablo! que yo viva  
donde mis padres han muerto?
- MARQ. ¡Cielos! ¿Qué dirá el notario?  
¿Y qué dirán los testigos?  
¿Y qué dirán mis amigos?

- FRUTOS. ¡Dale!
- MARQ. ¿Y qué dirá el vicario?
- FRUTOS. ¡Eh! Ya basta de litigio.  
(Alzando la voz.)  
Belchite, Belchite quiero;  
¡Belchite!
- MARQ. ¡Jesus!... Yo muero...  
Téngame usted, don Remigio.  
(Se desmaya en brazos de don Remigio.)
- REMIGIO. Acuda usted, no peligre  
su vida, que el paroxismo...!
- FRUTOS. (Yéndose.) ¡Eh! ¿Qué sé yo...? ¡Un sinapismo!—  
Yo no soy médico. (Entra en su cuarto.)
- MARQ. (Oyendo el ruido de la puerta y volviendo rápidamente  
la cabeza.) ¡Tigre!

## ESCENA VII

LA MARQUESA y DON REMIGIO

- REMIGIO. ¿Qué tal? ¿Siente usted alivio?  
(No ha dado lumbre el soponcio.)
- MARQ. ¡Ay qué hombre! Me ve morir...  
¡Y me abandona!
- REMIGIO. Es un mónstruo.
- MARQ. Bien dicen: siempre la cabra  
tira al monte.
- REMIGIO. Yo supongo  
que no volverá á tratarse  
de ese infausto matrimonio.
- MARQ. Pues supone usted muy mal.
- REMIGIO. Será así. No es un asombro  
el equivocarme yo.
- MARQ. ¿Tan de sobra están los novios?  
¿Así se dan calabazas  
á un hombre que nada en oro?
- REMIGIO. Es decir, que nos iremos  
á Belchite. Yo...
- MARQ. Tampoco.

- REMIGIO. Pues digo á usted, Marquesita,  
que no comprendo...
- MARQ. ¡Qué tonto  
es usted!
- REMIGIO. Convengo...
- MARQ. ¡Y qué  
mentecato!
- REMIGIO. No me opongo...  
(¡Vuelvo á temblar por mis pobres  
orejas!)
- MARQ. Yo hallaré modo  
de evitar...
- REMIGIO. Elisa viene.—  
(Y viene muy á propósito.)

## ESCENA VIII

LA MARQUESA, DON REMIGIO y ELISA

- REMIGIO. ¡Elisa! ¡Usted tan tranquila  
por allá dentro, y nosotros...!
- ELISA. ¿Qué ha habido?
- MARQ. (¿Qué irá á decir?)
- REMIGIO. ¡Friolera! Que por poco  
no se nos muere mamá.
- MARQ. (Hace señas á don Remigio para que calle, y él se des-  
entiende.)  
¡Hum!...
- ELISA. ¡Dios mio! ¡Pues qué... ¡cómo...!
- REMIGIO. Se ha sincopado.—Es decir,  
un accidente espasmódico...
- ELISA. ¡Jesus!
- MARQ. ¡Eh! No ha sido nada.  
No hagas caso.
- REMIGIO. Ello sí, pronto  
se recobró...
- MARQ. ¡Si te digo...!
- REMIGIO. Yo la apreté el dedo gordo...
- ELISA. ¿Mas qué causa...?

- REMIGIO. Una alcaldada horrible de ese hipopótamo aragonés.
- MARQ. ¡Don Remigio!...
- REMIGIO. (Con mucha viveza.)  
¿Pues no se empeña el bolonio, quiera usted ó no, en llevársela á aquel maldito villorro?
- ELISA. ¡Virgen Santa! ¿Yo á Belchite?
- REMIGIO. Como cinco y tres son ocho. Este ha sido su *ultimatum*. A Belchite, ó no hay consorcio.
- MARQ. ¿Está usted ya satisfecho, seo necio, hablador de á folio!
- REMIGIO. ¡Ah! Yo creí... ¿Conque usted...? Voto á San... (Ya tiene el tósigo en el cuerpo.)
- ELISA. ¡Ay madre mia! Ese hombre no tiene prójimo. ¡Llevarme á un lugar!... ¡Y yo que le iba queriendo un poco!... Ya le aborrezco de muerte.
- MARQ. No irás á Belchite.
- ELISA. ¡Oh gozo!  
¿Tú le habrás dicho que ya no hay nada de desposorios? Por una parte lo siento, porque es honrado, y buen mozo, y rico; pero sacarme de Madrid... ¡Vaya al demonio!
- MARQ. ¡Calla! Tan simple eres tú como el señor.
- REMIGIO. Me conformo.
- ELISA. Pero...
- MARQ. Corre de mí cuenta arreglar este negocio. Por ahora es necesario...
- ELISA. ¿Qué?
- MARQ. Decirle amén á todo.

- ELISA. ¿Incluso el viaje á Belchite?
- MARQ. ¡Boba! Por supuesto.
- ELISA. ¡Qué oigo!
- MARQ. Es preciso no escamarle.  
(A don Remigio.)  
Apóyeme usted.
- REMIGIO. Apoyo.
- MARQ. Si ahora le dices que no,  
¡adios boda! ¡Y qué bochorno,  
qué afrenta para nosotras!  
¡Desairadas por un tosco  
provincial...!
- ELISA. ¿Pero qué haremos  
si, cuando sea mi esposo,  
se empeña en que he de seguirle?
- MARQ. ¿Han de faltar por de pronto  
pretextos para alejar  
la partida? ¿No habrá un cólico  
que nos saque del conflicto?  
¿No sabrán despues tus ojos  
cautivar su voluntad?  
Hoy con mimos y piropos  
y dengues; al otro dia  
con lágrimas y sollozos...  
Harás de él cuanto quisieres.—  
Y si viene á tu socorro  
la santa naturaleza,  
si hay inapetencia y vómitos...
- ELISA. (Bajando los ojos.)  
¡Eh, mamá...!
- MARQ. (A don Remigio.) Apóyeme usted.
- REMIGIO. Sí; yo apruebo y corroboro...
- MARQ. Otros novios mas bravíos  
se vuelven mansos palomos  
sabiéndolos manejar.  
Si no te bastan tus propios  
recursos, yo estoy aquí...
- REMIGIO. (Entre dientes.)  
¡Jesucristo!



- REMIGIO. Hagamos que él  
sea quien diga que no.
- ELISA. ¿De qué modo?
- REMIGIO. Una esperanza  
á ese pobre capitan.  
¡La ama á usted con tanto afan...!
- ELISA. Pero...
- REMIGIO. Aunque sea de chanza.
- ELISA. Poco há me han dado un billete  
que su pesar atestigua...
- REMIGIO. Bien. Una respuesta ambigua...  
Eso á nadie compromete.  
Dígale usted, por ejemplo:  
«He dado ya mi palabra,  
»y aunque mi desdicha labra,  
»la repetiré en el templo;  
»mas si por otro ó por él  
»se descompone la boda,  
»usted sólo me acomoda  
»para esposo, don Miguel.»
- ELISA. No, que eso es decirle mucho.
- REMIGIO. Pues un poco menos; ¡ea!  
Aquí hay papel, tinta, oblea...
- ELISA. (Caminando hácia la mesa como maquialmente.)  
Entre mil ideas lucho.
- REMIGIO. ¡Vaya!
- ELISA. (Sentándose.) ¿Y si luego amenaza  
á don Frutos?
- REMIGIO. No hará tal;  
mas bueno es que haya un rival  
para que espante la caza.
- ELISA. (Escribiendo.) Mi mamá...
- REMIGIO. Ya estoy alerta...  
(Por la cuenta que me tiene.)  
Avisaré si alguien viene.  
No quito ojo de la puerta.  
¡Y qué orejas! La pared  
taladran y adentro asoman.  
¡Oh! Mis orejas se toman

mucho interés por usted.—

¿Está? ¡Al sobre! Demos fin...

ELISA. (Cerrando el billete.) Es que no se, á fé de Elisa,  
á cuál de los dos...

(Suena una campanilla.)

REMIGIO. ¡Aprisa,  
que suena el dilin, dilin!

ELISA. (Levantándose con precipitación y dándole el billete.)  
Tome usted.—Sin sobre va.

REMIGIO. El sobre no importa un bledo.  
Irá á sus manos... Yo quedo...

MARQ. (Dentro.) ¡Elisa!

ELISA. Allá voy, mamá.

(Entra en el cuarto de don Frutos.)

## ESCENA X

DON REMIGIO

REMIGIO. ¡Ah! Ya salí de mi ahogo.  
El cielo vuelve por mí,  
¡Ya tengo orejas! Creí  
convertirme en perro dogo.  
(Váse corriendo por la derecha del foro.)

FIN DEL ACTO TERCERO



---

---

# ACTO CUARTO

---

## ESCENA PRIMERA

**DON FRUTOS.**—Sale de su cuarto en chinelas, con pantalón holgado, sin corbata, con zamarra de piel de oso y un pañuelo de seda atado á la cabeza á estilo de Aragon.

**FRUTOS.** Ahora sí que muevo á gusto mis remos. Nada me aprieta. ¡Esto es estar en la gloria!— Pero, ¡qué silencio reina en esta casa! Yo extraño... Pues ya son las seis y media.— Estarán por allá dentro sin duda. ¿Y cómo no piensan en que yo me desayune? ¡Oh! Pues ya no tiene espera mi estómago. Llamaré.—  
(Hace sonar la campanilla.)  
Apenas probé la cena, porque se comió tan tarde y tenia yo tal priesa de acostarme...—¡No responden! Pues la campanilla suena, que bien la oigo.—Otra vez. (Vuelve á llamar.)  
¿Sirven así á las marquesas en Madrid?—  
(Tira sin cesar de la cinta de la campanilla hasta que acude Juana.) ¡Oh! Mas que rompa

la cinta... ¿Qué gente es esta, santo Dios? ¿Si estarán todos durmiendo? ¡Voto á mi abuela!...

## ESCENA II

DON FRUTOS y JUANA

JUANA. (Entra con algun desaliño, como quien acaba de levantarse de la cama.) ¡Vaya un modo de llamar! ¡Y á estas horas!

FRUTOS. ¡Linda flema!

JUANA. ¡Ah! ¿Es usted...?

FRUTOS. Sí; abre los ojos y sacude la pereza.

JUANA. ¡Pereza! ¿Pues qué hora es?

FRUTOS. ¡Otra! Las seis y cuarenta.

JUANA. ¡Toma, toma...! Yo pensaba que era mas tarde.

FRUTOS. ¡Esa es buena! ¿Cuándo es tarde para tí?

JUANA. Pero, señor, ¿quién creyera que usted madrugara tanto? ¿Le duele á usted la cabeza? Mucho sentiria...

FRUTOS. Gracias.

Gozo de salud perfecta, pero soy madrugador por costumbre y por sistema. Y antes hubiera saltado de la cama, que en mi tierra me levanto con el sol; pero el viaje en la galera, y aquellas malditas botas que me tuvieron en prensa... Eso á cualquiera cristiano le hace salir de la regla.

JUANA. (Mirándolo y sonriéndose.) ¡Qué pañuelo y qué zamarra...!

Cuando la novia le vea...)  
Querido señor don Frutos,  
á la hora que usted despierta  
sólo dejan de dormir  
en Madrid á pierna suelta  
horchateros en verano  
y en invierno buñoleras.

FRUTOS. ¡Así hay aquí tanta gente  
encanijada y enteca!  
¿Mas dónde están las señoras?  
Me tomaré la licencia  
de darles los buenos dias...

JUANA. Es excusada molestia.  
Todavía no han venido.

FRUTOS. ¡Ya, sí...! Estarán en la iglesia...  
Bien; lo primero es la misa,  
y aunque hoy no es dia de fiesta...

JUANA. ¿Qué misa? ¡Si es que no han vuelto  
del baile aún!

FRUTOS. ¿Qué me cuentas?

(Estas ya son otras misas.)  
Bien sé que pensaban ellas  
irse despues del teatro  
á una funcion de... etiqueta,  
como aquí dicen; mas nunca  
se me pasó por la tela  
del juicio que el bailoteo  
durase una noche entera.

JUANA. Como usted se recogió  
á la hora de la retreta,  
y se las dejó en el palco...

FRUTOS. Es que no entiendo esa jerga  
italiana, y al arrullo  
de las voces y la orquesta  
me dormia... ¿Qué mortal  
está libre de flaquezas?  
Pero, señor, ¡qué gobierno  
de casa! Y, ¿van con frecuencia  
á esas danzas perdurables?

- JUANA.                           ¿O sólo de uvas á brevas...?  
 ¡Qué! No, señor. ¡Si es el pan  
 de cada dia!
- FRUTOS.                           ¿De veras?  
 (¡Malo! ¡Malo!)
- JUANA.                           Pocas noches  
 se retiran con estrellas.
- FRUTOS.                           ¿Conque aquí la noche es dia  
 y el dia...?
- JUANA.                           Pues; *viceversa*.
- FRUTOS.                           (¡Virgen Santa del Pilar,  
 qué desórden, qué vergüenza!)
- JUANA.                           (Mejor le sienta ese traje  
 que el otro.)
- FRUTOS.                           Ahora bien, morena;  
 yo, que no enmiendo la plana  
 al que los astros gobierna,  
 tengo gana de almorzar.  
 Dí, pues, á la cocinera,  
 si no está tambien de baile...
- JUANA.                           No, señor. Ella se acuesta  
 mas temprano, y ya andará  
 por el fogon...
- FRUTOS.                           Norabuena.  
 Pues que disponga mi almuerzo.  
 Despacha.
- JUANA.                           ¿Café y manteca?
- FRUTOS.                           ¡Valiente cosa!—Jamon  
 con huevos.
- JUANA.                           Lo que usted quiera.
- FRUTOS.                           Y no mas vino de estrangis.
- JUANA.                           Lo traeré de Valdepeñas.
- FRUTOS.                           Venga. Al fin es español...  
 aunque no es de Cariñena.

## ESCENA III

DON FRUTOS

FRUTOS. ¿Dónde me he metido, cielos?  
 ¡Qué costumbres tan diversas  
 de las mias! ¡Ah! Yo voy  
 á pasar la pena negra...—  
 ¿Quién sabe...? Allá en mi lugar,  
 ya que Elisa está dispuesta  
 á seguirme... ¿Y si me engaña?  
 ¡No hay que fiar en promesas  
 de mujeres! Y aunque en eso  
 á mi gusto condescienda,  
 irán con ella á Belchite  
 sus caprichos... ¡y mi suegra!—  
 Gallarda es la moza, sí;  
 y á poquito que pusiera  
 de su parte, lograría  
 barajarme la chaveta;  
 mas, según lo que voy viendo,  
 ni me quiere, ni lo sueña;  
 ¡y eso es gaita!—¡Ah, padre mio...!  
 Dios te dé la gloria eterna,  
 mas no tuviste chirumen  
 para escoger una nuera.  
 A no ser por mi respeto  
 á su voluntad expresa,  
 y á no haber soltado yo  
 la palabra que me empeña,  
 ¡bravo chasco llevaría  
 mi señora la Marquesa!  
 (Un criado atraviesa el foro de izquierda á derecha.)  
 ¡Ojalá...! Pero oigo abrir  
 la puerta de la escalera.  
 Ellas serán... Ellas son.  
 (Mirando adentro.) Oigo la voz de la vieja.

## ESCENA IV

DON FRUTOS, LA MARQUESA y ELISA

- MARQ. (Al criado en la puerta.)  
Que venga esa muchacha  
á desnudarnos pronto.  
(Vásé el criado por donde vino, y entran en la sala la  
Marquesa y Elisa.)  
¿Qué hace ese hombre  
aquí...? ¡Calle! ¡Es don Frutos!
- ELISA. (¡Ay, qué facha!)
- FRUTOS. Yo soy, señora mia; no se asombre.
- MARQ. La mudanza de traje... Buenos dias.
- FRUTOS. Buenas noches.
- ELISA. (Aparte con su madre.) ¡Qué diantre de zamarral
- MARQ. ¡Por los clavos de Cristo, no te rias!

## ESCENA V

LA MARQUESA, DON FRUTOS, ELISA y JUANA

- JUANA. Aquí estoy.
- FRUTOS. (A Elisa.) ¿Te parece un poco charra  
mi pellica, verdad? Lo siento mucho;  
pero...
- ELISA. No; yo no digo...
- FRUTOS. Chica, ande yo caliente,  
y ríase la gente.
- MARQ. Dice bien. Lo primero es el abrigo,  
y mientras le compramos en la tienda  
una bata elegante con cordones...
- FRUTOS. No hay para qué. Estoy bien con esta prenda.
- ELISA. (Parece que al meson de la Encomienda  
ha venido á vender melocotones.)
- MARQ. ¿Y qué tal se ha dormido?
- FRUTOS. Grandemente. ¿Y qué tal hemos bailado?
- MARQ. La niña. Yo me he estado

jugando al *ecarté*.

FRUTOS.

(¿Tambien la suegra

tira la oreja á Jorge? Esa es mas negra.)

MARQ.

Es lástima que el sueño y el cansancio le hayan privado á usted, señor don Frutos, de una *soirée* tan buena.

FRUTOS.

Yo, á lo rancio...

Nadie me saca á mí de mis casillas.

Es lindo, mientras lucen las cabrillas,

bailar con una dama,

pero es mejor, á mi entender, la cama.

MARQ.

¡Eh...! Se duerme de dia...

FRUTOS.

Hágalo el madrileño.

Yo, como soy así... tan lugareño...

¡qué quiere usted...! madrugo,

¡y á las diez de la noche me entra un sueño!

ELISA.

(¡Santo Dios!)

MARQ.

¡Eh! Todo es la primer noche.

Luego...

ELISA.

¡A las diez!

MARQ.

Cualquiera se acostumbra...

FRUTOS.

¡Oh! Yo no soy cualquiera.

ELISA.

(¡Qué verdugo!)

FRUTOS.

¡Y juro por el sol que nos alumbrá...!

ELISA.

(¡Ay, Dios me libre de su horrible yugo!)

FRUTOS.

Así tengo de hacerlo hasta que muera, y espero que mi dulce compañera imitará mi ejemplo...

MARQ.

(Interrumpiéndole.)

Se supone...

ELISA.

(En voz baja.)

¡Ay, mamá...!

MARQ.

(Lo mismo.)

Transijamos ahora,

no sea que otra vez se desazone.

FRUTOS.

(¡Qué mala cara ha puesto mi señora!)

(Vuelve el criado con el almuerzo para don Frutos, lo pone en una mesa y se retira.)

FRUTOS.

¡Hola! ¿Viene el almuerzo?

Me alegre. Con permiso...

Daremos al estómago un refuerzo.

- Si ustedes gustan...
- ELISA. Gracias. Tan temprano...
- MARQ. Nosotras, á dormir.
- FRUTOS. (Sentándose á la mesa.) ¡Pues ya! ¡Preciso!
- ELISA. (¡Y he de darle mi mano!)
- MARQ. Dormiremos un rato. Hasta la una...
- ELISA. (¡Mal haya mi fortuna!)
- MARQ. (A Juana.)  
Ven tú, me quitarás cintas y broches.  
(A don Frutos.)  
Conque, abur.
- ELISA. Buenos dias.  
(Vánse por la puerta de la izquierda.)
- FRUTOS. Buenas noches.

## ESCENA VI

DON FRUTOS, partiendo el jamon

- FRUTOS. Santo Cristo de la Seo,  
que me estais probando así,  
decid: ¿qué pecado gordo  
vengo á purgar en Madrid?  
Novia que quiere bailar  
cuando yo quiero dormir,  
¿de quién está enamorada?  
¿De mis rentas, ó de mí?  
Suegra que en todo se mete,  
hasta en lo que he de vestir,  
y me trata cual si yo  
fuera algun chisgaravís,  
y se desmaya, y trasnocha,  
¡y juega! ¿no dará fin  
de mi bolsa y mi paciencia  
antes que amanezca Abril?  
¿Y me he de casar...! Si hallara  
algun medio, algun ardid...  
Para aguzar el ingenio  
probemos de este pernil.—



¡Hola! Pues está sabroso.  
 No me engañó la nariz. (Echándose vino.)  
 Ahora un trago del manchego... (Bebe.)  
 ¡Bravo! Bien haya la vida  
 que te crió. No se bebe  
 mejor vino en Alcañiz. (Tomando otro bocado.)  
 Si fueran iguales todos  
 los tragos que espero aquí,  
 ningún cristiano me oyerá  
 quejarme de este país.

## ESCENA VII

DON FRUTOS y JUANA

JUANA. (Ya á la vieja he despachado,  
 y pues la novia gentil  
 entró en su cuarto diciendo:  
 no necesito de tí,  
 voy yo á aviarme...)  
 (A don Frutos al pasar.) ¿Qué tal  
 el jamon?

FRUTOS. Sabe á las mil  
 maravillas.

JUANA. Lo celebro.  
 ¿Hay buen apetito?

FRUTOS. Sí.  
 ¿Quieres probarlo?

JUANA. Mil gracias.  
 (Ni es vanidoso ni ruin.)  
 Hágale á usted buen provecho,  
 y me tendré por feliz.

FRUTOS. Dios te lo pague, morena. (Váse Juana.)  
 Confieso que son aquí  
 menos zainas que en Belchite  
 las doncellas de servir.

## ESCENA VIII

DON FRUTOS y ELISA

- ELISA. ¡Señor don Frutos...!
- FRUTOS. (Levantándose.) ¿Qué veo!  
(Yo la hacia ya en camisa.)  
¡No te has acostado, Elisa!
- ELISA. Hablar con usted deseo.
- FRUTOS. Pues me place, como hay Dios.  
Ya es justo que sin empacho  
tengamos, Elisa, un cacho  
de parlamento los dos.
- ELISA. ¿Promete usted el secreto  
sobre el paso que ahora doy  
y no enfadarse, aunque voy  
á hablar muy claro?
- FRUTOS. Prometo;  
mas tambien va á ser muy clara  
mi lengua; y es menester  
que me oigas en paz, mujer,  
y no me arañes la cara.
- ELISA. Es usted muy buen sujeto...
- FRUTOS. Y tú muy buena vasalla.
- ELISA. Otro mejor no se halla.
- FRUTOS. No hay dibujo mas completo.  
Eres gala de Madrid.
- ELISA. Y usted honra de Belchite;—  
pero... si usted me permite...
- FRUTOS. En los peros está el quid.
- ELISA. Bueno es, antes que nos den  
la bendicion conyugal,  
que temiendo hacerlo mal  
lo reflexionemos bien.
- FRUTOS. Sí; ya lo dice el proverbio.  
Vamos á reflexionar...  
(Calabazas me va á dar  
ella misma. ¡Esto es soberbio!)

Habla, no temas al bu.

ELISA. Seria muy venturosa  
con usted cualquiera esposa...  
menos...

FRUTOS. ¡Vaya! Menos tú.

ELISA. Mal he dicho. Es un deslíz...  
Quiero decir, caro amigo,  
que casado usted conmigo  
no podria ser feliz.

FRUTOS. Ni yo soy, cual tú lo ves,  
y eso lo conoce un nene,  
el marido que conviene  
á la hija de un marqués.

ELISA. ¿Qué entiendo yo de bodegas,  
y de abonar el terreno,  
y si se mide el centeno  
por varas ó por fanegas?

FRUTOS. ¿Qué entiendo yo de elegancia,  
y de ese tono de aquí,  
ni qué me importan á mí  
los figurines de Francia?

ELISA. De la barra y la pelota  
yo el mérito no distingo.

FRUTOS. Ni yo de óperas en gringo,  
donde no cantan la jota.

ELISA. No se suba usté á la parra  
si le digo, aunque con miedo,  
que acostumbrarme no puedo  
á un marido... con zamarra.

FRUTOS. Ni yo me acomodaria  
á una linda caprichuda  
que se viste y se desnuda  
ocho ó diez veces al dia.

ELISA. Poco me inclina mi estrella  
al que en su primer visita  
no hace distincion maldita  
entre el ama y la doncella.

FRUTOS. Y yo doy á Belcebú  
dama que habla á su marido

- muy seria, muy de cumplido...  
y á su madre tú por tú.
- ELISA. Un marido... Calamocha,  
¡que madruga...! ¡Virgen Santa!
- FRUTOS. Vea usted; y á mí me espanta  
una mujer que trasnocha.
- ELISA. ¡Yo por valles y por cerros!  
¡Yo marido cazador  
que repartirá su amor  
entre la esposa y los perros!
- FRUTOS. ¡Yo mujer con tantos dengues  
que, faltando á la justicia,  
me negará una caricia  
por no ajar sus perendengues!
- ELISA. Y aun viviendo aquí los dos,  
cediera al fin mi desvío,  
pero, ¿y Belchite? ¡Dios mio!
- FRUTOS. Pero, ¿y la suegra? ¡Buen Dios!
- ELISA. Y será bueno Belchite,  
guapo lugar, lo concedo.
- FRUTOS. ¿Pues y Madrid? No haya miedo  
que yo le desacredite.
- ELISA. Y aquella vida campestre  
será muy dulce, muy sana.  
¿Quién sabe...? De buena gana  
pasaría allí un trimestre.
- FRUTOS. Desear yo un pasaporte  
que me vuelva á mi lugar  
cuanto antes, no es condenar  
las costumbres de la corte.  
Son muy cucas; no hay falencia;  
pero, al fin, no son las mias.
- ELISA. Hay ciertas antipatías...
- FRUTOS. Sí; cada uno á su querencia.
- ELISA. Y pues no hay conformidad...
- FRUTOS. ¡Pues! ¿A qué ofender á Dios?  
¿A qué...?
- ELISA. Casarnos los dos...
- FRUTOS. Es una barbaridad.

- ELISA. Pues... ahora bien...
- FRUTOS. Ahora bien...
- ELISA. Salgamos de este pantano.
- FRUTOS. Pues niégume usted su mano,  
y buenas noches, y amén.
- ELISA. Yo no he de volverme atrás,  
que en mi palabra confía  
mamá, y ¡Jesus...! no podría  
perdonármelo jamás.
- FRUTOS. Yo tambien lo prometí,  
y en mi probidad no cabe...
- ELISA. Toda la corte lo sabe.  
¿Qué se diria de mí?
- FRUTOS. ¡Otra!
- ELISA. Á usted que es forastero,  
y hombre, y tendrá mas valor  
que yo, le estará mejor...
- FRUTOS. No, que yo soy caballero.
- ELISA. Con todo...
- FRUTOS. No haria bien  
en quitar á usted la fama,  
pero en boca de una dama  
á nadie ultraja un desden.
- ELISA. ¿Cómo ahora tan discreto?
- FRUTOS. Es que yo mismo me azuzo  
y el entendimiento aguzo  
para salir del aprieto.
- ELISA. ¿No hay muchos hombres infieles?
- FRUTOS. Mujeres, mas.
- ELISA. Porque ahora  
diga usted...
- FRUTOS. No; no, señora;  
no troquemos los papeles.
- ELISA. ¿Conque ni el propio interés  
mueve á usted...?
- FRUTOS. Ni un terremoto.  
Nunca mi palabra he roto,  
¡nunca! Soy aragonés.
- ELISA. ¡Medrados estamos!

- FRUTOS. Sí;  
como tres con un zapato.
- ELISA. ¿Será usted tan insensato...?
- FRUTOS. Seré lo que siempre fui.
- ELISA. Pues yo no he de ser veleta.  
El *no*... no saldrá de mí.
- FRUTOS. Pues yo he de decir que sí,  
aunque me lleve Pateta.
- ELISA. Bien está: ¡nos casaremos!
- FRUTOS. Bien: ¡será usted mi mujer!
- ELISA. Bien: usted tendrá el placer  
de que los dos nos ahorquemos.
- FRUTOS. ¡Yo no!
- ELISA. (Es como esa pared.)  
¡No tiente usted al demonio!  
Si es funesto el matrimonio,  
la culpa será de usted.  
Tanto á una mujer se apura...
- FRUTOS. De bien á bien soy muy manso,  
pero... Es que no soy tan ganso  
como usted se lo figura.
- ELISA. ¡Oh! Ya veremos despues  
quién sufre mas de los dos,  
y quién... ¡Soy mujer!... Adios.  
(Váse por la puerta de la izquierda.)
- FRUTOS. ¡Adios!—Soy aragonés.

## ESCENA IX

DON FRUTOS

- FRUTOS. Con la futura una lid,  
otra con la suegra chocha...  
¡Ay Frutos! ¡Ay Calamochoa...!  
¿Quién te ha traído á Madrid!

## ESCENA X

DON FRUTOS y DON MIGUEL

- MIGUEL. Estoy resuelto.  
(A don Frutos que está de costado y en actitud de cabilar.) Buen hombre, pase usted recado á don...  
¡Es un nombre tan ramplon...!  
Don Frutos.
- FRUTOS. (Volviendo la cara.) Ese es mi nombre.
- MIGUEL. ¡Ah, que es usted... caballero!  
Me ha sorprendido el hallazgo.  
¿Quién conoce á un mayorazgo en traje tan charanguero?
- FRUTOS. Este traje es de mi agrado.
- MIGUEL. Eso lo conoce un topo.
- FRUTOS. Y á ningun alma de chopo se lo he pedido prestado.
- MIGUEL. ¿Es ese el traje de boda?
- FRUTOS. ¿Le importa á usted? ¡Voto á quien...!  
¿Se ha encargado usted tambien de sastrearne á la moda?
- MIGUEL. No me tomo yo ese encargo, que excede al talento mio.  
Traigo otro...
- FRUTOS. Pues ¡al avío!  
Diga usted.
- MIGUEL. No seré largo.  
Ya que nos vemos las caras, cosa que yo no quisiera...
- FRUTOS. Menos prosa. La madera no está para hacer cucharas.
- MIGUEL. ¡Hola! ¡Me alza usted el gallo!  
Me alegro, señor galan.
- FRUTOS. Se lo alzaré al Preste Juan, que ya de cólera estallo.
- MIGUEL. Pues señor; vamos al grano.

- Usted quiere que le den  
á Elisa; mas yo tambien  
aspiro á su blanca mano.
- FRUTOS. Bien; ¿y á mí qué se me da...?
- MIGUEL. Somos dos; una es la bella;  
casarnos los dos con ella...  
no puede ser.
- FRUTOS. Ya.
- MIGUEL. Pues ya.—  
Mas la salida es muy obvia.  
Si uno al otro es importuno...
- FRUTOS. ¡Pues ya! De los dos, el uno  
se ha de quedar sin la novia.
- MIGUEL. Si ella fuese de Cutanda,  
mereciera usted su afecto,  
pero esa boda en proyecto  
es una fusion nefanda;  
y así, pues el buen sentido  
en tales casos pronuncia,  
haga usted formal renuncia,  
y quedaré agradecido.
- FRUTOS. Oiga usted, y no haya riña.  
No me importara un ardite  
volver soltero á Belchite,  
porque ¡es alhaja la niña!  
¡Pero de que un compadre  
con tal fuero me lo exija...!  
Primero... —poco es la hija—  
me casara con la madre.
- MIGUEL. Pues entonces, señor mio,  
ya no queda otro recurso  
que matarnos.
- FRUTOS. ¡Buen discurso,  
como hay Dios! ¡Un desafio!
- MIGUEL. Sí, señor, y pronto; ¡al trote!
- FRUTOS. A galope, si usted quiere.
- MIGUEL. Diga usted qué arma prefiere...  
Elija usted.
- FRUTOS. Un garrote.



- MIGUEL. Esa es arma de mal tono.
- FRUTOS. Esa es la que yo manejo.
- MIGUEL. Y es digna de ese aparejo;  
mas no la adopta mi encono.  
Sentencie nuestro proceso  
ó la pistola, ó la espada...
- FRUTOS. No, señor.
- MIGUEL. O el sable...
- FRUTOS. ¡Nada!  
Garrotazo y tente tieso.
- MIGUEL. ¿Pero hemos de ser tan brutos...?
- FRUTOS. ¡Leña! Ya que usted se empeña  
en que haya camorra, ¡leña!  
No hay mas tu tia.
- MIGUEL. ¡Don Frutos!
- FRUTOS. ¡Don usted!
- MIGUEL. Con ese alarde  
de atroz salvajismo inculto  
quiere usted huir el bulto  
á mi venganza. ¡Cobarde!
- FRUTOS. (Furioso y amenazándole con el puño.)  
¡Yo cobarde! ¡Voto á brios...!
- MIGUEL. (Poniendo mano á la espada y retirándola inmediata-  
mente.)  
No demos aquí un escándalo.
- FRUTOS. ¡Yo cobarde! ¡Yo!
- MIGUEL. ¡Seo... vándalo,  
ya nos veremos los dos!  
Yo sabré...
- FRUTOS. Si no mirara...
- MIGUEL. Lo que he de hacer con un ente  
como usted. Todo viviente  
le ha de escupir en la cara.

## ESCENA XI

DON FRUTOS, á la puerta

- FRUTOS. Tengo un puño en cada brazo,  
y si alguno me provoca,

antes que escupa su boca  
la hundiré de un puñetazo.—  
¡Se fué!—Señor, ¿hay conciencia  
para hostigar tanto y tanto  
á un hombre de bien? Un santo  
perderia la paciencia.  
¡Oh! Ya no reparo en nada.  
¿Quieren que mi saña aborte?  
Bien está. Yo haré en la corte  
una que sea sonada. (Entra en su cuarto.)

FIN DEL ACTO CUARTO

---

---

# ACTO QUINTO

---

## ESCENA PRIMERA

DON REMIGIO y DON MIGUEL

MIGUEL. Conque, ¿es verdad?

REMIGIO. Sí; á las dos  
se van á tomar los dichos.

Para esa hora están citados  
el notario y los testigos.

MIGUEL. ¡Y es la una y media! ¿Qué haremos?  
Discurra usted un arbitrio.

REMIGIO. ¿Qué sé yo...? Mal pleito es este.  
No dió lumbre el desafío;  
Elisa está resignada  
al funesto sacrificio;  
la vieja es inexorable...  
Sólo nos queda un camino.

MIGUEL. ¿Cuál?

REMIGIO. Que, como otro Escipion,  
se venza usted á sí mismo  
y abandone...

MIGUEL. ¿Qué se entiende  
abandonar? ¡Por el siglo  
de mi madre...!

REMIGIO. (Mis orejas  
corren otra vez peligro.)

MIGUEL. ¡Ceder yo el campo! Primero  
habrá en esta casa tirios

y troyanos.

REMIGIO. Norabuena;  
mas ¡por los clavos de Cristo!  
¿qué consejo puede dar  
en estos momentos críticos,  
señor don Miguel, un hombre  
tan amable y tan pacífico  
como yo? Si se tratase  
de un inocente artificio,  
de una intriguilla venial,  
¡vaya con Dios! Siempre he sido  
complaciente, y manejable,  
y amigo de mis amigos.  
Pero cuando usted vacila  
entre rapto y homicidio,  
¿seré yo tan Barrabás  
que le empuje al precipicio?  
Mi consejo...

MIGUEL. Es de un menguado.

REMIGIO. Sí será. Yo no me pico...

MIGUEL. ¡Bueno fuera, siendo yo  
el amado, el preferido,  
que se llevase la novia  
un bárbaro campesino!

REMIGIO. ¡Es un horror!—¿Pero no hay  
en Madrid jefe político?  
Demanda al canto, depósito,  
y es asunto concluido.

MIGUEL. Ya se lo he propuesto á Elisa,  
pero es tan pobre de espíritu...

REMIGIO. Por no chocar con su madre;  
por no exponerse al ludibrio  
de las gentes y al escándalo...

MIGUEL. ¿Qué escándalo ni qué niño  
muerto? ¿Es escándalo usar  
de su derecho legítimo?  
¡Pero esas mujeres...! ¡Oh!  
cuando dan en un capricho...  
Y... ¿qué sé yo...? Juraría

que aun ha de estar indeciso  
su corazon de coqueta  
entre uno y otro individuo.

REMIGIO. (Tal creo.)

MIGUEL. Ya no hay que andarse  
por las ramas. Es preciso,  
forzoso, urgente, matar  
al aragonés maldito.

REMIGIO. ¡Hombre, mire usted...!

MIGUEL. Él sale.

Me alegro mucho.

REMIGIO. (¡Dios mio!)

## ESCENA II

DON REMIGIO, DON MIGUEL y DON FRUTOS

FRUTOS. ¡Hola, señor capitan!

Sea usted muy bien venido.

MIGUEL. ¡Eh! Cumplimientos á un lado,  
que estoy hecho un basilisco.

FRUTOS. ¡Qué bobada... y qué *mal tono!*

MIGUEL. ¿Cómo...?

FRUTOS. Yo estoy muy tranquilo,  
y aconsejo á usted que tome  
mi ejemplo.

MIGUEL. No; yo he venido...

FRUTOS. Ya sé; con la misma tema  
de armar camorra conmigo;  
pero cuando uno no quiere...  
no riñen dos: esto es fijo.

MIGUEL. ¿No? Yo sabré...

FRUTOS. Usted no sabe  
lo que se pesca, amiguito.  
Mejor seria, en lugar  
de venirme á mí con libros  
de caballería andante,  
que pusiera usted su ahinco  
en atraparme la novia.—

- ¿No digo bien, don Remigio?
- MIGUEL. ¿Así me habla usted!
- FRUTOS. Así.  
Yo sé bien lo que me digo.  
Los momentos son contados.  
Dejémonos de litigios,  
don Miguel, y procuremos  
salir de este laberinto.  
¿Le ha visto á usted la Marquesa?
- REMIGIO. No; ni sabe que ha venido.  
Se encerró en el tocador...
- FRUTOS. Perfectamente. Pues ¡listo!  
guárdese usted de sus ojos.  
No faltará un escondrijo...  
Y mientras solo con ella  
la digo cuántas son cinco,  
cuide usted de que la chica  
no se muera de fastidio.
- MIGUEL. Pero...
- FRUTOS. No hay pero que valga.  
Ella sabe mis designios...  
¡Ande usted!
- MIGUEL. (En voz baja á don Remigio.) Ya capitula.  
Me tiene miedo, está visto.  
(A don Frutos.)  
Supongo que aquí no hay maula...
- FRUTOS. Yo siempre he jugado limpio.
- MIGUEL. (Volviendo la cabeza despues de dar algunos pasos.)  
Es que...
- FRUTOS. ¡Ande usted!  
(Váse don Miguel por la izquierda del foro.)  
¡Aun se me hace  
de pencas el señorito!

### ESCENA III

DON FRUTOS y DON REMIGIO

- REMIGIO. Yo celebraré en el alma,  
caro amigo, que usted logre

desbaratar esa boda;  
 porque, si vale mi pobre  
 dictámen, cuando no son  
 homogéneos los consortes... —  
 ¿Está usted? — un matrimonio  
 es el órgano de Móstoles.

FRUTOS. No; no es esa la mujer  
 que me conviene.

REMIGIO. ¡Y sin dotel

FRUTOS. Eso no me importa un bledo;  
 pero tengo otras razones...

REMIGIO. ¡Oh! Sobradas. Y pensar  
 que ella renuncie á la corte  
 y á sus... Para usted seria  
 pintiparada, de molde,  
 una mujer como yo.

FRUTOS. ¿Como usted? ¿No es usted hombre?

REMIGIO. Quiero decir... de mi genio,  
 de mis circunstancias; dócil,  
 servicial...

FRUTOS. (Para sí.) Mientras él viva  
 no faltará quien le abone. —  
 (A don Remigio.)

Pues lo que es á servicial,  
 ni usted, ni nadie en el orbe  
 me gana á mí. Mire usted  
 que tiene cuatro *memoles*...

REMIGIO. (¡Huy!)

FRUTOS. Trabajar un galan...  
 ¿eh? para que otro le sople  
 la dama. ¿Eh?

REMIGIO. Yo convengo  
 en que es muy raro ese noble  
 proceder; famoso asunto  
 para mármoles y bronces.

FRUTOS. Mas no lo hago por virtud,  
 ni por miedo á los bigotes  
 del capitan pendenciero,  
 porque á mí nadie me tose;

lo hago por ver si me zafó  
del apuro en que me ponen.  
Líbreme yo de la novia,  
y de esa suegra ó demontre,  
y mas que cargue con ambas  
Perico el de los palotes.  
Mas si no cede la vieja  
á mis justas reflexiones,  
y se mantiene en sus trece...  
¡pues! como yo en mis catorce,  
y al fin tengo que casarme,  
juro á Dios y á los apóstoles  
que he de romper la cabeza  
á ese interesante jóven.

REMIGIO. No permita Dios...—Supongo  
que para mí no habrá golpes.  
Yo soy amigo de usted,  
siempre hemos estado acordes...

FRUTOS. ¡Eh! Con usted no va nada.  
Pero los minutos corren  
que vuelan, y la Marquesa  
no viene. Aunque usted perdone,  
don Remigio, ¿quiere usted  
llamarla...?

REMIGIO. Con mil amores.

FRUTOS. Y luego...

REMIGIO. Entendido. Luego  
querrá usted que me incorpore  
con los otros, y...

FRUTOS. Cabal.

REMIGIO. Pero me excusa un galope  
mi señora la Marquesa.

(Saludando á la Marquesa que llega.)

Muy servidor...

(A don Frutos.) A la orden.



## ESCENA IV

DON FRUTOS y LA MARQUESA

MARQ. ¿Cómo es eso? ¡Aun está usted de zamarra!

FRUTOS. ¡Eh! No me estorba.

MARQ. ¡Y va á venir el notario, y los testigos...! ¡Qué sorna!

FRUTOS. Me alegro de ver á usted. Tenemos que hablar á solas...

MARQ. ¡Jesus, y están convidadas mas de cuarenta personas...!

FRUTOS. No le hace...

MARQ. ¿Qué dirán? Hecha un asno de oro la novia, yo un brazo de mar, y el novio...

FRUTOS. Yo no gusto ceremonias. Bien es hoy así.

MARQ. ¡En *toilette* de calesero!

FRUTOS. ¿Qué importa?

MARQ. Importa mucho. ¿Usted quiere que se burlen de nosotras?

FRUTOS. Si usted toma mi consejo podrá excusar esa mofa.

MARQ. ¿Y qué consejo...? Sepamos...

FRUTOS. Que se deshaga la boda.

MARQ. ¡Oh...! ¿Qué dice usted? ¿Salimos con esa embajada ahora?

(Entreabren por dentro la puerta de la izquierda.)

FRUTOS. Aquí no hay mas embajada que la razon, y me sobra por todas mis coyunturas.

MARQ. Don Frutos, basta de broma.

FRUTOS. Hablo de veras. Usted no tiene pelo de tonta, y bien habrá conocido

- que el tal casamiento es droga.  
Yo soy demasiado tosco  
para dama tan preciosa;  
no se cambian las costumbres  
como se cambian las modas,  
y nunca harán buenas migas  
perro y gato en una alforja.
- MARQ. ¡Eh! ¡Como de esos milagros  
hace el amor!
- FRUTOS. ¡Dale, bola!  
No nos amamos nosotros;  
¿lo entiende usted? No, señora.  
Yo lo sé de buena tinta;  
esto es, de su propia boca,  
y ella de la mía; ¿estamos?  
No soy mudo, ni ella es sorda.
- MARQ. Ella cumplirá, no obstante,  
con los deberes de esposa...
- FRUTOS. No diré yo lo contrario...  
si la permiten que escoja;  
porque ha de saber usted,  
si por desgracia lo ignora,  
que hay bigotes de por medio.
- MARQ. ¡Bobada! A usted se le antojan  
los dedos huéspedes.
- FRUTOS. No.
- MARQ. ¡Vaya...!
- FRUTOS. Hay moros en la costa.
- MARQ. Cuando á mí nada me ha dicho  
la niña...
- FRUTOS. Teme la cólera  
de usted.
- MARQ. ¿Por qué? Yo no fuerzo  
su voluntad.
- FRUTOS. Se equivoca  
mi señora la Marquesa...  
por no decir otra cosa.
- MARQ. Hablemos claro, don Frutos;  
y diga usted sin tramoya

que retira su palabra.  
 ¡Hombre sin pudor, sin honra,  
 sin fe...!

FRUTOS.

¡Señora Marquesa!

No quiera usted que nos oigan  
 los sordos; tenga usted juicio,  
 y ahorremos una camorra.

A todos nos salva un *no*.

Veamos á quién le toca  
 pronunciarlo. Si yo diera  
 calabazas á la moza,  
 sobre faltar al respeto  
 del que está bajo una losa,  
 fueran ustedes silbadas  
 diez leguas á la redonda;  
 ella no le soltará  
 si la llevan á la horca;  
 conqu...

MARQ.

¿Conque yo he ser

quien cante la palidonia?

FRUTOS.

Sí, señora; y yo consiento  
 que me ponga usted como hoja  
 de peregil, y me acuse  
 de haber roncado en la ópera...  
 ¡sí tal!, y de haber comido  
 á cucharadas la sopa;  
 y mas que salga tambien  
 á la colada la historia  
 del velador, y el abrazo  
 y la zamarra, y las botas...  
 y mas que sea preciso,  
 para que usted quede airosa,  
 compararme... ¿A quién diré?  
 Al bruto de Babilonia.

MARQ.

No; ya es tarde. Yo no cedo.

FRUTOS.

¿No?

MARQ.

Mil veces no.

FRUTOS.

¡Señora!

¡Mire usted que eso es ponerme

- en el pescuezo una sogá!
- ¡Mire usted que si me obliga  
á que mi palabra rompa,  
¡yo! ¡un aragonés! ¡ah! juro,  
por mi padre que esté en gloria,  
que se ha de acordar usted  
de don Frutos Calamocha.
- MARQ. ¡Bravatas! ¡Baladronadas!
- FRUTOS. Pues ya que usted me provoca,  
¡guerra, venganza!
- (Sacando una cartera y de ella unos papeles.)  
Aquí tengo  
mi artillería. ¡Arda Troya!
- MARQ. ¡Cómo...!
- FRUTOS. Usted recordará,  
si no es flaca de memoria,  
que, cuando el Marqués difunto  
residia en Zaragoza,  
para sacarle de empeños,  
le abrió mi padre su bolsa.
- MARQ. Es verdad. Le prestó algunas  
cantidades...
- FRUTOS. Y no flojas.  
(Mostrando á la Marquesa un papel.)  
Vea usted; ¡veinte mil pesos!
- MARQ. (¡Dios mio...!)
- FRUTOS. Cuenta redonda.
- MARQ. Pagaré...
- FRUTOS. De eso se trata.  
El documento está en forma.
- MARQ. (¡Este hombre me va á perder!)  
Mas adelante...
- FRUTOS. No; ahora.  
Págüeme usted al momento,  
ó la casa se alborota,  
y ante el notario y testigos  
digo que es usted tramposa.
- MARQ. ¡Ah, don Frutos!
- FRUTOS. Y la pongo

por justicia..

MARQ. ¡Qué congoja!

FRUTOS. Y la embargo cuanto tiene  
en la sala y en la alcoba...

MARQ. ¡Jesus, qué hombre!

## ESCENA V

LA MARQUESA, DON FRUTOS y JUANA

JUANA. (Anunciando.) Los testigos,  
el cura de la parroquia,  
el notario...

MARQ. ¡Justo Dios!

JUANA. El Marqués de la Alcachofa...

MARQ. Voy... Que esperen un momento...

## ESCENA VI

LA MARQUESA y DON FRUTOS

MARQ. Tenga usted misericordia...

FRUTOS. ¿La ha tenido usted de mí?  
La venganza es muy sabrosa.

MARQ. ¡Baje usted la voz...!

FRUTOS. No puedo,  
que el furor me desentona.  
Todos sabrán...

(La Marquesa cierra la puerta del foro.)

¿Cierra usted?

Pues levantaré la solfa.  
O pagarme, ó despedirme,  
ó he de hacer...

MARQ. ¡Virgen de Atocha...!

FRUTOS. Una de pópulo bárbaro,  
y aunque me gaste mil onzas,  
he de tener el consuelo  
de que pida usted limosna.

MARQ. ¡Basta! ¡No mas! Yo recojo

- la palabra de la novia,  
y la mía.
- FRUTOS. ¡Eso!
- MARQ. Y diré  
que el novio no me acomoda.
- FRUTOS. ¡Así!
- MARQ. Y diré la verdad,  
porque es usted un idiota.
- FRUTOS. ¡Divinamente! Un abrazo  
le daría á usted ahora.
- MARQ. ¿Mas qué dirán los testigos...—  
esto es lo que me sofoca;—  
y el notario, y tanta gente  
convidada...
- FRUTOS. Usted se ahoga  
en poca agua. Ellos venían  
á presenciar una boda...
- MARQ. ¡Y esa boda se ha frustrado!
- FRUTOS. ¿Pues hay mas que darles otra?
- MARQ. ¿Cómo...? ¿Con quién...?
- FRUTOS. (Acabando de abrir la puerta de la izquierda.)  
*Verbi-gratia.*
- (Salen Elisa, don Miguel y don Remigio, y se arrodillan  
á los pies de la Marquesa.)
- MIGUEL. ¡Señora...!
- ELISA. ¡Mamá...!
- REMIGIO. ¡Señora...!

### ESCENA ULTIMA

LA MARQUESA, ELISA, DON FRUTOS, DON MIGUEL y DON REMIGIO

- MARQ. ¿Qué veo? Aparta de aquí,  
hija traidora.
- ELISA. ¡Perdon...!
- MARQ. ¡Qué horrible conspiracion!
- FRUTOS. Todo se gobierna así.
- MARQ. ¡Ah! ¡Me han burlado!
- REMIGIO. ¡Por Dios...!

- MIGUEL. ¡Ah, señora! Yo protesto...
- MARQ. ¿Pero qué viene á ser esto?  
¿Te has de casar con los dos?
- REMIGIO. Cada cual en esta farsa  
hace el papel que le dan.  
Este es el primer galan;  
yo soy un simple... comparsa.
- MARQ. (Buscar un yerno es urgente  
en este lance de honor,  
y pues no hay otro mejor...  
cubramos el expediente.)
- REMIGIO. Rica no será conmigo,  
pero mi amor...
- ELISA. Por piedad...
- FRUTOS. Por la negra honrilla...
- MARQ. ¡Alzad!  
Yo os abrazo y os bendigo.
- FRUTOS. ¡Viva! ¡Eso es ser madre! Ahora  
que estamos todos contentos,  
rompo yo mis documentos.  
(Hace pedazos los papeles que sacó.)  
Estamos en paz, señora.
- MARQ. ¡Tanta generosidad!  
Me confunde usted, me abate...
- FRUTOS. No tal. Pago mi rescate,  
y ¡viva la libertad!
- REMIGIO. ¡Oh pecho noble y sin hiel!
- FRUTOS. Basta. Demos al olvido...
- MIGUEL. ¡Don Frutos...!
- ELISA. (¡Qué necia he sido  
en no casarme con él!)
- FRUTOS. Ahora... andemos á porrazos  
si usted quiere, capitan.
- MIGUEL. No; ya no tengo ese afan.
- FRUTOS. (En actitud de brindarle con un abrazo.) Pues...
- MIGUEL. ¡Venga usted á mis brazos! (Se abrazan.)
- REMIGIO. (Enternecido.) El llanto inunda mi cara,  
y siento una conmocion...  
una... ¡Bravo...! ¡Otra edicion

- del abrazo de Vergara!
- MARQ. Vamos, vamos á la sala,  
que nos están esperando...
- FRUTOS. Vayan ustedes andando...  
ustedes que están de gala.  
Yo voy á buscar un coche  
que me vuelva á mi lugar.
- MARQ. ¿Ya se quiere usted marchar?
- FRUTOS. Sí. No duermo aquí esta noche.  
Tambien yo entiendo, Marquesa,  
algo de filosofía,  
aunque tengo todavía  
el pelo de la dehesa.
- ELISA. ¡Pero dejarnos así...!
- REMGIO. Sin disfrutar del convite...
- FRUTOS. ¡Nada! ¡A Belchite, á Belchite...!  
La corte no es para mí.

FIN DE LA COMEDIA





